

Nuevo ensayo de interpretación de la topografía del «Bellum Hispaniense»

C. PEMÁN †

INTRODUCCIÓN

El carácter fragmentario de las fuentes y testimonios que de la Antigüedad se nos han conservado coloca frecuentemente al historiador ante buen número de enigmas. Los que ofrece al investigador la España meridional son bien conocidos y famosos. Hay la gran cuestión de Tartessos, tan removida en estos últimos tiempos. Sigue siendo imprecisa la localización de la trascendental batalla del Guadalete y tampoco estuvo nunca clara la de Munda, por no citar más que algunas de las cuestiones más debatidas.

No todas ellas encierran la misma trascendencia histórica. La clarificación de la cuestión tartésica es de capital importancia para el conocimiento de las primeras culturas autóctonas de la España protohistórica y sus relaciones con los grandes centros clásicos del Mediterráneo, si bien la exacta ubicación de la metrópoli o emporio de la región puede no ser el punto más importante del problema. La identificación del campo de batalla del Guadalete debería ayudar a comprender los dramáticos acontecimientos que permitieron aquel tan absoluto desmoronamiento del Estado visigodo ante los invasores musulmanes.

El hecho de armas de Munda marca también un hito importante en la Historia de Roma por ser el punto final de la lucha de César por la hegemonía personal que conduce ya directamente al Imperio. Sin embargo, el saber si la batalla se ha desarrollado unas decenas de kilómetros más arriba o más abajo dentro de la Bética, aunque pueda ayudar a comprender el hecho, no cambiará la importancia de sus resultados.

Pero el historiador busca por todos los medios la averiguación de la verdad, cuyas consecuencias pueden ser imprevisibles. La localización de Munda no resulta clara de las fuentes literarias y como el hecho —ya que no su ubicación precisa— es capital en la Historia de Roma y de España es natural que las opiniones sobre el tema se extiendan todo a lo largo de la historiografía correspondiente. Baste recordar que la campaña final entre César y los hijos de Pompeyo empieza alrededor de Córdoba y termina con la huida de Cneo Pompeyo por el puerto de Carteia y su muerte al poco tiempo, después de desembarcar en alguna de las playas mediterráneas de la misma Bética. Dentro de estos límites casi no falta autor que no haya dado su opinión al pasar sobre el tema, desde los historiadores medievales como el arzobispo Ximenez de Rada y la Crónica General, hasta los modernos como Ambrosio de Morales o el P. Mariana; arqueólogos como Rodrigo Caro, geógrafos y cartógrafos como Abraham Ortelius y Jorge Bruyn, los diccionarios geográficos de Cortés y López o de Madoz, historiadores de la región como Ortiz de Zúñiga y Adolfo de Castro. Es de poca utilidad detenerse a citar a cuantos escritores de mayor o menor magnitud han tocado la historia de César o la de Andalucía. Las localizaciones adoptadas se extienden desde las proximidades de Córdoba hasta las sierras malagueñas. Por no perderlos en el desmenuzamiento de tan abundante material, de valor muy vario y en gran parte casi nulo hoy, nos limitaremos a recordar que la investigación moderna de la topografía de la campaña comienza con la *Histoire de Jules César* de Stoffel que, por encargo de Napoleón III, visitó el país en 1863 y obtuvo del Estado Mayor español el levantamiento de un mapa. El siguiente paso importante lo da el hispanista alemán profesor Adolf Schulten que dedicó al tema varias publicaciones, entre las que dejaron especialmente huella el comentario que hizo para la hoja correspondiente del *Schlachten Atlas* de Kromayer-Veith (*Römische Abteilung*, hoja 23, 1924) y su comentario al libro *De bello hispaniensi* y textos concordantes en el tomo V de las *Fontes Hispaniae antiquae* de la Universidad de Barcelona, publicado en 1940, aunque escrito desde bastante antes. En todos los trabajos de Schulten, con la erudición filológica en él habitual, y material cartográfico preparado *ex professo* por su colaborador el general Lammerer en 1921, razonando por su cuenta sobre vestigios naturales y arqueológicos, materia en la que siempre fue más inseguro su criterio que en la crítica textual, dejó sentada la ubicación de Munda en Montilla y desde entonces ese modo de ver, que ya se encuentra en parte de la literatura anterior, ha pasado por seguro. Fue recogido en el tomo II (*España Romana*) de la

monumental *Historia de España* dirigida por D. Ramón Menéndez Pidal y no sabemos que nadie haya vuelto a discutirlo¹.

El estudio para otros fines de las fuentes literarias correspondientes produjo en el autor de estas páginas la impresión de que algo resultaba incongruente y defectuosamente motivado en la reconstrucción geográfico-histórica ahora en vigor. La huida de Cneo Pompeyo, derrotado y herido, desde las proximidades de Córdoba hasta la bahía de Algeciras a través de 300 kilómetros de terreno abierto enemigo es difícilmente explicable. Las citas de otras localidades seguramente identificables con las modernas Osuna, Casariche y olivares sevillanos, como próximas a Munda se avienen muy mal con Montilla, en cuyas proximidades tampoco se ha logrado reconocer otros topónimos privativos del relato de esta guerra. El hallazgo de numerosas balas de onda con marcas pompeyanas en la región oriental de la provincia de Sevilla tampoco encuentra explicación si la batalla final de la campaña se produjo más al norte, en Montilla, y la provincia sevillana sólo ha sido cruzada precipitadamente por el vencido fugitivo sin librar combate alguno.

Durante cierto tiempo dediqué atención al problema compulsando textos y antecedentes. Llegué a explicarme varios puntos con claridad que me pareció suficiente, pero la localización de la *ciudad* de Munda —no la del *campo* de batalla— me seguía presentando problemas. Cuando más preciso me era un estudio directo sobre el terreno los acontecimientos que por entonces se vivieron en España me impidieron la tarea. Superada aquella época, otras actividades absorbieron mi tiempo y no volví a ocuparme de Munda hasta fecha reciente en que hube de aludir incidentalmente a mis puntos de vista en un trabajo sobre otra materia. Fijóse en el particular mi gran amigo el gran historiador y arqueólogo don Antonio García y Bellido, que me pidió precisiones sobre el tema. Le expuse el problema tal como se me aparecía hasta el momento: creo que se pueden precisar con confianza y en otro sentido que el hasta ahora recibido, muchas localidades que juegan en el *Bellum hispaniense* hasta llegar a una razonable determinación del *campus mundensis*, pero la ciudad de Munda queda huidiza y me inspiraba y aun me inspira las sospechas que revelaré en el curso del presente trabajo. El maestro García y Bellido opinó decididamente que interesaba hacer públicos mis puntos de vista en el estado en que se hallan: tanto en lo que creo

¹ Desde los días de mis últimos contactos con García y Bellido y entrega de este trabajo a los organizadores del Homenaje hasta su actual publicación en 1970 la situación ha cambiado a este respecto. Varios investigadores de la nueva generación han reemprendido la cuestión aportando datos de interés. A lo largo de este trabajo recojo los resultados más importantes en la medida en que afectan a los obtenidos por mí.

averiguado como en lo que sigue preocupándome, porque ello supone abrir de nuevo a la investigación una cuestión que parecía cerrada y que acaso puede ser reconsiderada con fruto. Y tratándose ahora de honrar la figura del llorado maestro por cuantos lo conocieron y admiraron me ha parecido claro que yo no debía abordar otro tema que el que él mismo me había propuesto. Ciertamente no está ultimado ni estoy satisfecho de los resultados incompletos, pero como ni el deseo del amigo ni la coyuntura del homenaje admiten espera entrego mi trabajo en su actual estado al juicio de todos. Quizás yo nunca lograré llevarlo más adelante, pero es posible que otros más sabios o simplemente más afortunados logren soluciones definitivas que yo no he llegado a conocer.

Añadiré que mi investigación se concreta a la cuestión topográfica y reconocimiento de todo el terreno en que se desarrolla la campaña que culmina con la batalla de Munda. La historia de la contienda presenta pocos problemas fuera del topográfico, y en todo caso han sido tratados con competencia por mis predecesores, notablemente por Schulten y su colaborador militar Lammerer. El carácter resolutivo de la batalla es conocido de siempre. Si presento para empezar una sucinta recapitulación de la historia de la campaña, sólo lo hago para introducir al lector en todos los nombres de localidades que han de ser objeto del subsiguiente trabajo. La correcta fijación de todos los escenarios de la lucha no supone nuevas consecuencias históricas, pero ayudará a comprender cómo se desarrollaron los hechos hasta producir resultados tan definitivos, ya que en mi opinión lo que las localizaciones de Schulten presenta como una serie de guerrillas al modo indígena, se convierte ahora en una verdadera guerra hasta su liquidación en la batalla campal a la que el genio militar de César acaba arrastrando a su adversario.

ESTADO DE LA CUESTIÓN

Nuestro conocimiento de la guerra entre César y los hijos de Pompeyo en España se basa fundamentalmente en la relación contenida en el libro conocido por *De bello hispaniensi* en el que la ciencia está hoy de acuerdo en reconocer la obra de un conmlitón de César, testigo presencial de los acontecimientos. Fuera de esta base tenemos la obra histórica de Tito Livio y, aunque por desgracia sus libros correspondientes a esta época no se nos han conservado, y las correspondientes *periochae* apenas dicen unas palabras sobre el particular, su tradición ha sido reconocida en la obra de varios historiadores posteriores, notablemente Dión Cassio, pero también Floro, Orosio, Velleio, Valerio Máximo y otros. La versión de Livio pocos detalles

añade a la cesarina, pero se caracteriza en algunos puntos concretos y sobre todo en el hecho de ser menos favorable al caudillo que la de su compañero de armas, como, por ejemplo, cuando lo presenta nervioso y casi desesperado en cierto momento de la batalla. Existe todavía una tercera tradición cuyo más importante representante es Appiano, seguido de cerca por Plutarco, Zonaras y Polieno. Según los autores que han trabajado la crítica de estas últimas fuentes no proceden de Livio, pero tanto éste como aquéllas deben remontarse a un origen común, que se fija en Asinio Polion, que se dice haber tomado también parte en la contienda, por más que si esto se deduce, como parece, del pasaje de Suetonio (*Caesar*, 55) en que Polión contradice la especie de que César hubiera arengado a sus tropas al principio de la batalla, basado en que no tuvo tiempo para tal cosa a causa de la rapidez de la incursión del enemigo, me parece poca razón para asegurarnos de su presencia en el terreno.

Algunos otros escritores, españoles como Séneca, o geógrafos como Strabón y Plinio, aluden ligeramente a la campaña en algún que otro episodio. De ellos recogeremos a su tiempo todo detalle que pueda interesar a nuestro objeto. De todos modos la relación de los hechos, con los nombres de todas las localidades en cuestión puede presentarse —y así lo hacemos a continuación— siguiendo el texto del *Bellum hispaniense*, completándolo con las escasas noticias de otras procedencias que algo añaden para la topografía.

LA CAMPAÑA HISPANIENSE HASTA LA BATALLA DE MUNDA

El que más concretamente sitúa el principio de la campaña en su contexto histórico es Appiano (*bell. civ.*, II, 103) quien la presenta como lo que realmente fue, consecuencia de la congregación en suelo español de los elementos pompeyanos derrotados en Farsalia y en la campaña de Libya, quienes logran poner también en armas a los elementos indígenas aprovechables. Es más o menos lo mismo que dice *Bellum hispaniense* en su primer capítulo.

Al tener César noticia del caso empieza por despachar para Hispania su escuadra desde Sardes (Dio Cass., XLII, 28). El mismo Díón y Floro, o sea la tradición liviana, nos enteran de que esta escuadra, mandada por Didio, obtiene desde el primer momento una victoria sobre la pompeyana regida por Varo, a la altura del estrecho de Gibraltar. Las naves de Pompeyo se repliegan sobre su base de *Carteia*, en la bahía de Algeciras, y Didio se establece sólidamente en *Gades*. Desde ambos puntos veremos jugar a cada uno su papel en los siguientes acontecimientos.

Al principio César confía sus ejércitos a los legados que ya tenía en España, Q. Pedio y Q. Fabio Máximo, pero a poco, noticioso del cariz de los acontecimientos, resuelve ponerse personalmente al frente de sus huestes y, en pocas jornadas —sobre cuyo número difieren levemente las fuentes citadas—, marcha de Roma a Sagunto. Cneo Pompeyo renuncia a defender toda Hispania y se repliega con sus partidarios sobre la Bética. Todo a lo largo de los relatos parece descubrirse en él poca decisión ofensiva. A los pocos días César se presenta en busca de su rival y, según Strabón (III, 4, 9), rinde viaje en Obulco.

Esta precisión es de la mayor importancia si se refiere realmente a la ciudad y no a la región circundante. Obulco es Porcuna, en la orilla meridional del alto Guadalquivir. Si César lo alcanza tan de primera intención el hecho denota, que Pompeyo, demostrando una increíble incapacidad estratégica, ha renunciado a defender a Andalucía en su frontera natural de Sierra Morena, en el *saltus castulonen-sis*, como si hoy dijéramos en Despeñaperros, a cuyo pie se han librado en todo tiempo las batallas por la posesión del país, Baecula, las Navas de Tolosa o Bailén. Pero ni siquiera la línea fluvial del Betis parece haber sido defendida por el pompeyano si desde su llegada César alcanza ya Obulco al sur del río. Sólo Strabón señala esta localidad de llegada de César, pero en cualquier caso el hecho de armas subsiguiente es el socorro que César presta a la plaza de *Ulia*, única que le queda fiel en territorio pompeyano, razón que explica el apelativo de *Fidentia* con que es conocida posteriormente (Plín., *Hist. nat.*, III, 10). *Ulia* nos es conocida por sus monedas, por las inscripciones *CIL* II 1532 y 1533, por las coordenadas de Ptolomeo (II, 4, 9), los Itinerarios de Antonino (412, 5) y Ravenate (315, 17; *Uria*), por las citas de Plinio y de Strabón (III, 2, 2; cod. *Οὐλία*) y se localiza unánimemente en Montemayor (fig. 1), cerca de Córdoba y al sur del Guadalquivir y del Guadajoz, de modo que Pompeyo sigue apareciendo desbordado por César desde los primeros momentos, puesto que éste logra hacer entrar refuerzos en la plaza sitiada por Cneo Pompeyo durante varios meses, cuyas fuerzas son puestas en dispersión por las cesarinas. A continuación César hace un amago sobre la propia *Corduba*; hay unas escaramuzas afortunadas y el temor se apodera de Sexto Pompeyo que defiende la plaza y reclama el auxilio de su hermano. Este acude a la llamada abandonando definitivamente el sitio de *Ulia*. Todo esto ocurre a fines del año 46 a. C.

A continuación (*bell. hisp.*, V) se narra como César, que no puede apoderarse del puente del *Baetis*, para pasar a *Corduba* que está a la otra orilla, construye uno provisional y hay muchos días de lucha por el paso del río. Cneo viene como sabemos, de *Ulia*, de modo que

ambos contendientes se hallan al sur del Guadalquivir, aunque los pompeyanos poseen el puente de piedra y César sólo el provisional que ha echado en algún punto favorable en las cercanías.

Ante lo indeciso de la situación, la decisión la toma como siempre César que, abandonando de momento la lucha directa por Córdoba, reúne sus tropas al sur del río —que ese sentido ha de tener la frase *copiis flumine traductis* de *Bell. hisp.*, VI, 1 referente, sin duda a los destacamentos antes pasados al norte por su puente provisional— y dirige su esfuerzo sobre Ategua, *firmissimum praesidium* de los pompeyanos.

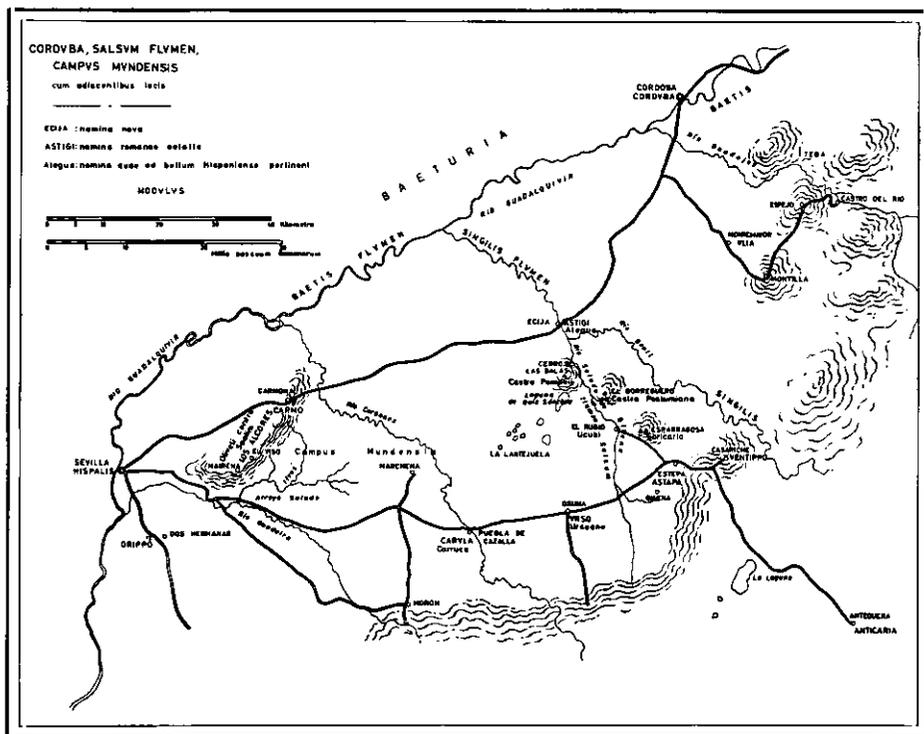


FIG. 1.— La campaña hispaniense.

Los nombres de Obulco, Ulia, Corduba o el río Baetis no ofrecían ninguna dificultad de interpretación. Con el de Ategua empieza la aparición de nombres privativos de las narraciones de esta guerra, cuya localización ha ofrecido siempre tantas dudas y cuyo esclarecimiento es el objeto del presente trabajo. Es de advertir que la pre-

sencia de nombres desconocidos en la narración de una guerra no es para extrañar: en los hechos de armas entran en juego fácilmente una porción de localidades sin otra importancia y que consiguientemente han sido omitidas por la generalidad de los geógrafos. Es bien conocida la advertencia de Plinio (*Nat. hist.*, III, 7) de que sólo va a citar entre las ciudades de la Bética las *dignas memoratu aut latino sermone dicta facilia*. No voy a intentar irlas identificando a medida que se presentan en la narración. Voy a dar primero el conjunto de ésta, donde aparecen nombres conocidos y seguros al lado de otros nuevos o desconocidos, para luego, partiendo de la red de puntos que nos suministrará los nombres conocidos, emprender la búsqueda de los desconocidos, ya que proceder de lo conocido a lo ignorado es el procedimiento obligado de toda investigación científica y el haberlo olvidado, tomando como punto de partida una reconstrucción supuesta de los hechos a la que luego se quieren atemperar las localizaciones hasta el punto de rechazar algunas de las mejor conocidas como errores de la transmisión textual, o pretender que otros nombres representan a ciudades desconocidas homónimas de las ya identificadas para tales nombres, pero cuya ubicación no conviene a la reconstrucción topográfica elaborada de antemano, es a mi juicio grosero error de método y causa de los malos entendidos que han conducido a las localizaciones ahora vigentes.

Decíamos, pues, que César abandonando el ataque a Córdoba dirige sus huestes sobre otra plaza que se presenta como muy fuerte. Dion Cassio (XLIII, 33) da la importante precisión de que Ategua encerraba mucho trigo, y que el tiempo era inclemente y frío. Su fortaleza podía, pues, depender de sus recursos para la lucha, también de sus fortificaciones, y no necesariamente de la topografía. A la mañana siguiente, cuando Pompeyo se da cuenta del movimiento de César, emprende su persecución y le alcanza pronto, cosa natural puesto que sus puntos de partida habían estado contiguos. El *bellum hispaniense* señala ciertas *angustiae* como lugar donde los pompeyanos dan alcance al enemigo. Los alrededores de Córdoba al sur del Guadalquivir, no son muy accidentados, pero es natural que los que se sintieran perseguidos busquen defensa en el terreno más abrupto que encuentren a mano. No es extraño que los comentaristas hayan pensado en el río Guadajoz, que sin ser un curso de agua muy importante ni discurrir entre montañas (fig. 2), que no existen en la región, no deja de presentar curvas y anfractuosidades entre cerros de doscientos a trescientos metros de altura mientras su propio curso se desarrolla alrededor de los cien metros sobre el nivel del mar. Estoy, pues, dispuesto a conceder que este primer encuentro entre la retaguardia cesarina y la caballería pompeyana se desarrolla en los pri-

meros desfiladeros —si pueden llamarse así— del Guadajoz. Lo que no me parece seguirse de ello es que toda la campaña que viene a continuación tenga que desarrollarse a base de dicho río. *Bellum hispaniense*, VI, 2 dice expresamente que finalizada la escaramuza Pompeyo *ad Cordubam se recepit*, se retiró de nuevo a Córdoba. Seguir remontando el Guadajoz no conducía a ningún punto que pudiera resolver la campaña en el terreno estratégico, de modo que una vez desembarazado César de su perseguidor es natural que tome el camino que más le convenga. Suponer a Ategua en Teba como ha hecho Schulten y otros comentadores es prejuiciar la campaña siguiente como una serie de escaramuzas alrededor del Guadajoz, basándose casi exclusivamente en la proximidad a Córdoba de que hablan ciertas fuentes y de la leve semejanza fonética de los nombres.

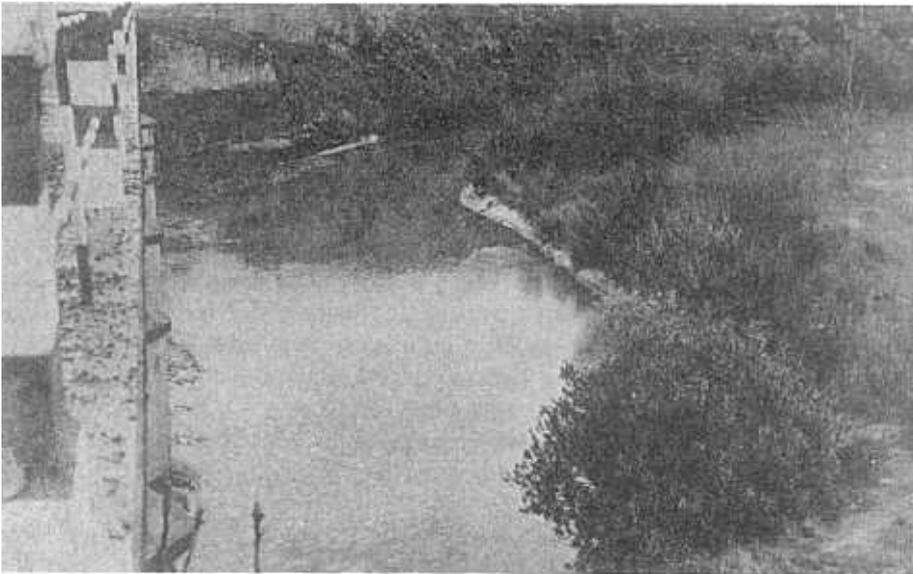


FIG. 2.—Río Guadajoz y carretera Córdoba-Ecija.

Ya veremos a lo largo de la narración lo que hay que pensar de esas dos circunstancias. Entretanto lo que parece deducirse de la lectura es otra cosa más importante para el fondo de la cuestión. César tiene una escuadra en el puerto de Gades, el enemigo tiene la suya en el de Carteia; el dominio de la Bética, única porción del país que Pompeyo conserva y sobre la que por propia iniciativa se ha replegado, corresponderá al que logre batir al otro en campo abierto, destroce

su ejército y corte sus comunicaciones con el exterior y su eventual retirada sobre la respectiva base naval. Así, pues, creemos comprender que César se dirige sobre Ategua porque era el *firmissimum praesidium* del enemigo y no por encastillarse defensivamente y sin ulteriores perspectivas entre las tan relativas *angustiae* del Guadajoz.

Contribuye a confirmar que esto es así la continuación del relato. César emprende la construcción de campamentos para circunvalar a Ategua. Los pompeyanos no tardan en presentarse y, después de algunas escaramuzas afortunadas se establecen sobre un río *Salsum* y construyen sus campamentos entre Ategua y *Ucubi*, a la vista de ambas y a unas dos millas de la primera.

He aquí otros dos nombres cuya correcta localización es esencial para la inteligencia de la campaña. El nombre de río Salado (*Salsum*) es tan frecuente en Andalucía que todavía no ha podido identificarse con absoluta seguridad el que da nombre a la famosa batalla de Alfonso XII contra los sarracenos en el siglo XIV. Del Guadajoz nada sabemos de que se le haya dado nunca ese nombre y si es verdad que entre los seis u ocho cursos de agua que lo nutren a lo largo de sus aproximadamente doscientos kilómetros de recorrido no falta un Salado de Priego, no parece que eso haya influido en dar sabor ni nombre a las aguas del río entero, en cuyo nombre árabe no se aprecia tampoco alusión a una condición salada, los salados andaluces son invariablemente arroyos salobres de mucho menos caudal que el río Guadajoz. Pompeyo parece replegarse del lado del río desde el que mejor pueda defender a Ategua o apoyarse en ella y al establecer campamentos entre ésta y *Ucubi* debe buscar contrarrestar el movimiento de César sobre Ategua, situándose al sur de ésta, en defensa de sus comunicaciones. Veamos si la continuación del relato nos permite descubrir la situación del río y de las plazas de Ategua y *Ucubi*.

César sigue al enemigo en su movimiento y frente a su nuevo campamento establece a su vez uno en una eminencia que el cronista llama *Castra Postumiana*. El capítulo IX señala expresamente que el río separaba las posiciones de ambos combatientes.

Pompeyo ataca el nuevo fortín de César y éste acude en su defensa desde su campamento principal frente a Ategua. A la noche (cap. X) Pompeyo incendia el suyo y se retira (*iter facere coepit*) de nuevo hacia Córdoba, perseguido por destacamentos cesarinos, pero los capítulos siguientes siguen hablando de campamentos pompeyanos frente a los de César. Entre los episodios de la lucha conviene retener el narrado en el capítulo XII según el cual unos mensajeros enviados a Cneo Pompeyo desde Córdoba equivocan los campamentos y entran por error en el de César. Esto induce a pensar en primer lugar

que no nos hallamos tan cerca de Córdoba como para que desde ella se tenga noticia certera de la situación de cada campamento y en segundo lugar parece indicarse que procediendo de Córdoba se topaba con el campamento de César antes que con el pompeyano. César, pues, a quien creemos ocupado en cortar comunicaciones y recursos a su rival no sólo se ha movido hacia el sur sino que también parece interponerse del lado de Córdoba.

Los siguientes capítulos se entretienen en narrar episodios de la lucha y el asedio de Ategua. Los pompeyanos suelen atacar desde lugares más elevados, pero el cerco de la plaza continúa. En el capítulo XVIII se cuenta que los cesarinos se enteran por unos tránsfugas de que el pompeyano ha dirigido a los sitiados una arenga advirtiéndoles que no les puede prestar socorro, en vista de lo cual les exhorta a huir de noche hacia el mar (*ad mare versum*). Esta advertencia sólo puede referirse a los puertos mediterráneos o de la bahía de Algeciras (Carteia) ya que el de Gades está en manos de César. Si la campaña se siguiera desarrollando en la inmediata proximidad de Córdoba no tendría sentido que Pompeyo invitara a los suyos a abandonar la lucha huyendo hacia el mar en vez de hacerlo hacia Córdoba, su base, donde su hermano Sexto sigue resistiendo.

Las defecciones pompeyanas continúan; las fortificaciones de Ategua van cayendo una tras otra y al fin el capítulo XIX termina dando cuenta de la rendición de la plaza en la que César entra *ante diem XI kalendas martias*, es decir, el 19 de febrero. Es la estación lluviosa en Andalucía en la que aun los ríos poco importantes como suelen ser todos los Salados andaluces, pueden presentar para su paso un obstáculo de cierta consideración. Cneo Pompeyo, al presenciar desde su campamento la rendición de Ategua, abandona el suyo y se dirige a Ucubi donde se fortifica.

En el capítulo XXII se introduce el nombre de una nueva localidad que sería *Bursavone* según la restitución de Klotz (cod. *ex adversione*) ya que el texto nombra repetidamente a los bursavonenses. Schulten se niega a identificarla con *Ursaone*, nombre que se da a Urso-Osuna unos capítulos más adelante. Sigamos atentamente la narración en busca de la luz. En Ategua han caído prisioneros varios bursavonenses y César determina dirigirlos a su ciudad para que muestren a sus conciudadanos lo que se puede esperar de los pompeyanos y los decidan a pasarse a César. Los bursavonenses no se fían de los mensajeros a los que asesinan y deciden ir personalmente a informarse a Ategua. Están, pues, cerca pero no tanto como para haberse enterado directamente del resultado del combate. Cuando se persuaden de que la rendición es un hecho surgen toda clase de disensiones y la anarquía reina en la plaza. Los que pueden, huyen

hacia la *Baeturia*. La Beturia es naturalmente la tierra ribereña del Baetis, concretamente la tierra entre el Baetis y el Anas, según Plinio (*Nat. hist.*, III, 13) y punto muy natural de huida de los fugitivos. Interponer el gran río de la región entre ellos y el enemigo, es el recurso más natural a mano de los no interesados en la lucha.

César acerca su campamento a las nuevas posiciones de Cneo en Ucubi. Los pompeyanos procedentes de Ucubi o de sus campamentos aledaños atacan *ex superiore loco* y en los episodios que se suceden se habla siempre de atravesar el río (*flumen transgressi*), es decir, que el Salsum sigue separando los respectivos campamentos, pero no es un obstáculo insuperable.

Del capítulo XXIV se siguen nuevas precisiones topográficas. En una fecha que se fija más adelante (cap. XXVII) como el 5 de marzo, los adversarios tienen un encuentro cerca de *Soricaria*. Pompeyo ha advertido que los cesarinos están tratando de cortar por medio de trincheras sus comunicaciones con *Aspavia* que está a cinco millas de Ucubi. En la acción de *Soricaria* los pompeyanos se ven obligados a descender a terreno llano, donde los cesarinos labran sus trincheras, pero la caballería de César entra en acción y los pompeyanos, como de costumbre, se repliegan sobre un cerro para defenderse.

En el capítulo XXV se cita a un caballero de *Italica* que se bate con un pompeyano en duelo singular y en el XXVI se da los nombres de otros tres caballeros de *Hasta* que se pasan de Pompeyo a César con un buen cargamento de plata. *Italica* junto a Sevilla y *Hasta* en las Mesas de Asta junto a Jerez de la Frontera son localidades perfectamente conocidas y objeto de metódicas excavaciones en los últimos tiempos. La presencia de caballeros de ambas localidades en el campamento de César arguye que en estas importantes ciudades del bajo curso del Guadalquivir empieza a tenerse noticia de los éxitos de César y probablemente de su proximidad. No son localidades del convento cordobés ni de su campiña las que hacen acto de presencia, sino las que se hallan entre las nuevas posiciones de César, al parecer cada vez más cercanas, y su base naval de Cádiz.

En el mismo capítulo XXVI se transcribe literalmente la carta que Cneo envía a *Ursaone* en la que todos los comentaristas reconocen a Urso-Osuna. Pompeyo, como antes César con *Bursavone*, tiene interés en asegurarse la fidelidad de *Ursaone*, para lo que les pinta a su modo el desarrollo de la guerra y les ofrece envío de refuerzos. El capítulo XXVIII explica que esta carta levantó la moral de los ursaonenses cuyas fortificaciones y emplazamiento eran de gran utilidad a Pompeyo en sus últimos movimientos. En efecto, el capítulo XXVII cuenta que Pompeyo levanta nuevamente su campo de las inmediaciones de Ucubi, donde sus partidarios se encuentran muy

bajos de moral desde el encuentro de Soricaria, que aquí, se data exactamente *ante diem III nonas martias*. La nueva estación de Cneo se localiza *in oliveto contra Spalim*. Ucubi es definitivamente abandonada. César responde al movimiento pompeyano asediando y tomando a *Ventipo*, de donde se dirige a *Carruca* y establece su campamento frente al de Pompeyo, quedando entre ambos el *campus mundensis* que aquí se nombra por primera vez.

Los pasajes que acabamos de resumir abundan en topónimos nuevos: Castra Postumiana, Soricaria, Aspavia, Bursavone, Ursao, el oliveto de Spalis, Ventipo, Cárruca, el campo mundense. Hora es ya de que, apoyándonos en lo que de estas localidades pueda saberse con seguridad procedamos a buscar las menos seguras para trazar en definitiva el mapa de toda la campaña tan correctamente como sea posible.

LOS TOPÓNIMOS CONOCIDOS

La guerra llega a tener tres escenarios sucesivos: hemos visto que empieza en lugares bien conocidos: desde Ulia (Montemayor) los adversarios se concentran alrededor de Córdoba y luchan por el puente del Guadalquivir. No logrando un resultado satisfactorio César traslada la acción a un segundo escenario: asedio de Ategua, adonde acude también el enemigo y entre ella y Ucubi, donde Pompeyo se fortifica una vez perdida Ategua, se desarrollan una serie de encuentros a lo largo del río Salsum que discurre próximo a ambas plazas y divide los campos de los contendientes.

El siguiente movimiento y apertura de un tercer escenario no lo promueve César sino Pompeyo, que después de intentar conservarse adictos a los ursonenses, se retira al olivar de Spalis, a lo que César replica tomando a Ventipo y marchando sobre Carruca para dejar entre él y Pompeyo el campo mundense.

Ventipo es una localidad bien identificada, la actual Casariche. Allí han aparecido abundantemente monedas (ases) con el nombre de la ciudad, de dos acuñaciones diferentes y, sobre todo, dos inscripciones (*CIL* II, 1467 y 1468) de las que la primera da los nombres de dos vestiponenses varón y hembra. Plinio, II, 12 cita la ciudad como estipendiaria del convento astigitano, no del cordubense. El Itinerario de Antonino (408, 1) cita a Ventipo sobre la vía de Anticaria (Antequera) a la distancia que conviene al emplazamiento de Casariche. El manuscrito de Fernández Casanueva que conserva la biblioteca del Ateneo de Sevilla cita en el cerro La Atalaya, próximo al pueblo, trozos de murallas y de estatuas y en sus cercanías vesti-

gios de acueducto, calzada y puente sobre el Genil. El *Catálogo Monumental y Artístico de la Provincia de Sevilla* (II, 284; Sevilla, 1943) cita varias antigüedades más y dice que el paraje está «sembrado de restos».

Schulten no podía compaginar la localización de Ventipo en Casariche con su reconstrucción del escenario de la lucha en las inmediaciones del Guadajoz y optó por la desgraciada suposición de que se tratara de otra localidad homónima. Esto es renunciar a uno de los puntos de apoyo seguros con que contamos sobre el terreno y sentar una hipótesis gratuita contra una realidad evidente, con la agravante de la inverosimilitud de que dos localidades vecinas ostenten un mismo nombre. A Ventipo hay que aceptarlo donde está: en Casariche.

Otra localidad sobre la que no existen dudas es Ursanoe que es una mala transcripción, cosa tan frecuente en el *Bellum hispaniense*, del nombre indígena de Urso, hoy Osuna, perfectamente identificada por sus notables antigüedades entre las que a efectos toponímicos descuellan sus famosos broncees legales que nos han conservado la *Lex municipalis* de la *Colonia Genetiva Ursonense*, es decir, exactamente el mismo apelativo que le da Plinio, III, 12, que añade que entre ella y *Ucubi quae Claritas Iulia (cognominatur) fuit Munda cum Pompeio filio rapta*. Tenemos, pues, a Osuna situada en las proximidades del campo de batalla, tanto porque Pompeyo se interesa especialmente por la afección de esta plaza Ursao, antes de moverse desde Ucubi hacia el oliveto de Spalis, como porque Plinio nos informa de que Munda estuvo precisamente entre Osuna y Ucubi que tanto papel hace en la guerra. Tanta debía ser la proximidad entre Munda y Osuna que después de la toma de Munda el primer movimiento de los cesarinos vencedores (*bell. hisp.*, XLI) es sobre Ursao, y las maderas necesarias para el asalto las llevan desde la propia Munda *quod proxime ceperant*, frase que se refiere evidentemente al tiempo, pero ello mismo confirma también la proximidad en el espacio.

Establecida así firmemente la identidad de Ursao con Osuna —que por otra parte nadie pone en duda— es el momento de hacer resaltar el sentido que deba darse a la famosa proximidad de Munda a Córdoba que ha sido la razón fundamental de algunos para situarlas muy cercanas entre sí.

La fuente literaria que marca esa proximidad no es otra que un texto de Strabon (III, 2, 2) que nombra a Munda, Ategua, Urso, Tucci, Ulia y Egua, todas ellas no lejos (*οὐκ ἄτρωθεν*) de Córdoba. Ya se ve que se trata fundamentalmente de las ciudades de la guerra pompeyana, pues Egua (*Ἀἴγυα*) es desconocida y Tucci se conocen varias en la región. Aquí Strabon debe haber manejado una mala fuente (según

Klotz, Timágenes), pues después de situar todas esas ciudades cerca de Córdoba da entre Munda y Carteia la distancia de 6.400 estadios, cuando la verdadera entre Córdoba y Carteia es sólo de unos 1.400. También presenta a Munda como capitalidad de la región lo que hizo pensar a Mommsen (*Gesamt. Schriften*, VII, 67) que los códices han puesto Munda por Carteia, variante un poco extraña para correr a cargo de meros transmisores. En realidad Strabón no dice que Munda fuera la capital sino que hacía como las veces de tal (τρόπον δέ τινα μητρόπολις κατέστη τοῦ τόπου τούτου Μούνδα). La impresión, repetimos, es la de que el gran geógrafo ha manejado por esta vez con indecisión una mala fuente. Pero lo esencial para nuestro objeto es que su afirmación de que tales ciudades están no lejos de Córdoba abarca por igual a todas ellas, y como la única conocida con seguridad es Urso-Osuna, la proximidad de las demás entre sí y con respecto a Córdoba no tiene que ser mayor ni diferente que la de Osuna, de modo que de este texto lo único que puede deducirse es que Munda estaba aproximadamente a la misma distancia de Córdoba que Osuna y probablemente estas dos próximas entre sí, cosa que también se infiere del texto pliniano antes citado. Tenemos, pues, a Ursao no sólo identificada sino proporcionándonos el dato de que Munda se halla cerca de ella.

Pero hay más todavía. Es razonable pensar que la Bursavona del capítulo XXII no es distinta de la Ursao del XXVI y siguientes. Ya dijimos que la primera no se nombra directamente en el texto aunque sí a los bursavonenses. Schulten empeñado en que el episodio del mensaje que César envía a la ciudad por medio de sus habitantes hechos prisioneros en Ategua ha de ocurrir alrededor del campo de operaciones del Guadajoz, que él se ha fijado para toda la campaña, no puede comprender ni admitir que César se ocupe de mandar mensajes para impresionar a Osuna y no a otras plazas más cercanas a Ategua que para él es Teba la Vieja al norte de aquel río. En consecuencia Bursavone se le queda desconocida. Nosotros que pensamos a Munda próxima a Osuna conforme a los textos de Strabon y Plinio encontramos muy natural que César aproveche a sus prisioneros ursonenses para enviarlos a impresionar a su ciudad de Osuna que debe ser la más interesante de las cercanías, como se deduce de lo que de su emplazamiento, fortificaciones y abastecimientos se narra en los capítulos siguientes. Así el paso dado por César cerca de los (b)ursa(v)onenses de Osuna resulta paralelo del que después emprende Pompeyo (*vid. sup.*, cap. XXVI) cuando antes de retirarse del «segundo» escenario de la guerra hacia el «tercero» envía una misiva a Ursao pretendiendo retenerla en su partido.

Todavía antes de acometer la búsqueda de las localidades más difíciles de identificar hemos de exponer nuestra opinión sobre la realidad del olivar de Spalis, hacia el cual se mueve Cneo Pompeyo desde Ucubi.

El nombre de Spalis está tan próximo del de Híspalis-Sevilla que como iguales lo han interpretado la mayoría de los comentadores y sólo el prejuicio «cordobés» de Schulten le impide aceptar que el pompeyano pueda retirarse de Ucubi, que él cree situado en Espejo, a las proximidades de Sevilla. Nosotros que vamos encontrando localidades seguras en la campiña sevillana (Casariche, Osuna) no podemos encontrar inconveniente en que Pompeyo, en trance de retirada desde Ucubi, no lejano de Osuna, busque acercarse a la base más fuerte que le queda en la región, Sevilla. Híspalis es nombrada después varias veces por el cronista con su correcta ortografía en los episodios siguientes. Que por una vez el historiador haya omitido las primeras letras que apenas modifican el sonido del nombre, se aviene bien con cuanto sabemos del descuido con que este autor, más militar que literato, recoge los nombres indígenas. Otro empleo de la forma Spalis para el nombre de Sevilla no conozco más que el de uno de los obispos signatarios del Concilio de Iliberis, de principios del siglo IV: *Savinus, episcopus Spalensis* (Villanueva, *Viaje*, XI, en un MS. de Urgel; Migne, PL LXXXIV, 301; Flórez, *Esp. Sagr.*, X, 162; XII, 186). Firma en tercer lugar detrás del famoso Osio y no sé que nadie haya dudado nunca de que se trate de un prelado sevillano, ni pensado que haya otra diócesis spalense además de la notoria hispalense. En consecuencia, sin prejuicios «cordobeses» no hay razón para dudar de que el oliveto de Spalis sea algún olivar sevillano y si los ejércitos se mueven en la campiña oriental de la provincia repetimos que la retirada pompeyana hacia las proximidades de la capital es además un hecho natural. Los alrededores de Sevilla hacia el Aljarafe al oeste y hacia los Alcores al Este han estado en todo tiempo hasta hoy poblados de olivares y por lo que a los orientales se refiere, que son los que nos interesan, se cuenta además con los testimonios arqueológicos recogidos por Bonsor (*Les colonies agricoles preromaines de la vallée du Betis*, 1899. *The archaeological expedition along the Guadalquivir*; *Hispanic Soc. of America*, 1931), de los que resulta que los establecimientos comerciales fluviales a lo largo del Guadalquivir y sus afluentes abundan en ánforas olearias de las que se han recogido estampillas correspondientes a las que ha dado igualmente el Monte Testaceo de Roma (CIL XV), donde se amontonaron los despojos y fragmentos de las vasijas que desde la Bética llevaban el aceite a la capital del mundo. El conocedor del terreno admitirá sin dificultad que Pompeyo en retirada desde Ucubi —cuyo emplazamiento ya buscaremos,

pero que ya sabemos próximo a Osuna— tenga prisa por deshacerse de las llanuras del valle del Guadalquivir, en este caso de las de sus afluentes el Blanco y el Corbones, y no pare hasta dar con los primeros cerros poblados de olivos de los alcores de Carmona, Mairena o El Viso que a veintitantos kilómetros de Sevilla pueden ya correctamente ser dichos sevillanos y desde los cuales puede otearse con más tranquilidad a sus pies el que resultará ser el campo mundense. Con ello Pompeyo sigue fiel a la táctica desplegada durante toda la campaña: rehuir la batalla en campo abierto situándose en lugares altos y siempre que le es posible con buenas bases a sus espaldas.

Todavía otro nombre nos induce en la misma dirección. César, al ver la retirada de Pompeyo hacia Sevilla, trata como siempre de ganarle terreno y cortarle sus comunicaciones con el Sur. Primero se apresura a apoderarse de Ventipo que podría parecer algo excéntrica en las operaciones, pero cuya importancia se explica porque está en el camino de Anticaria, desde la cual hay vías a Malaca y a Carteia, es decir, hacia el mar y la escuadra pompeyana. Pero inmediatamente César vuelve hacia el Oeste en busca no sólo del enemigo sino también de cortarle el camino más corto a Carteia, situándose más al Sur que los olivares de Sevilla, que esto es lo que delata su presencia en Carruca, escrita en este modo, es desconocida pero Carula es conocida por el Itinerario de Antonino 411, 1 (cod. Garula) en la vía de Híspalis a Anticaria a la altura a que hoy se encuentra la Puebla de Cazalla, sobre el río Corbones. En su cercanía se encuentra el cortijo de Casula que ha conservado casi intacto el nombre romano y numerosos vestigios arqueológicos, entre ellos importante inscripción (*CIL* II, 1371) con una porción de nombres regionales. El Cosmógrafo de Rávena también la conoce (IV, 43) y Plinio III, 12 da Calícula y Marruca en el mismo dintorno. Un presbítero de Karula firma las actas del Concilio de Iliberis.

Casula, cerca de la Puebla de Cazalla, queda pues al Sur de las llanuras por donde Pompeyo ha pasado camino de Sevilla. César se ha movido en la misma dirección desde Ventipo, aunque evitando la plaza más importante Osuna, que le hubiera detenido demasiado tiempo. Acaso César hubiera preferido seguir hasta la vista de Híspalis, pero al menos establecido en Carula, sobre la vía transversal a Anticaria, está en la condición óptima para impedir una retirada pompeyana sobre Carteia, ya por la calzada, ya por los caminos serranos que más adelante veremos.

El estacionamiento de Pompeyo en los alcores y olivares sevillanos obliga, pues, a César a detenerse a su vez. Entre ellos se interponen los llanos que el capítulo XXVII llama mundenses donde, por fin, va a trabarse la lucha en campo abierto que decidirá la contienda.

Estamos, pues en el tercer escenario, en el que se entablará la batalla de Munda. Pero no olvidemos que si hemos llegado aquí sólo ha sido estableciendo puntos geográficos seguros que ahora deben permitirnos encontrar el segundo escenario que hemos dejado atrás. Los puntos de Casariche, Osuna, Puebla de Cazalla y Sevilla han sido encontrados y con su ayuda hemos de retroceder ahora en busca de ese segundo escenario, el del *flumen Salsum* con Ategua y Ucubi, que se interpone entre el punto de partida alrededor de Córdoba (Montemayor, el puente del Guadalquivir, tal vez el río Guadajoz) y el final del campo mundense.

LOS NUEVOS TOPÓNIMOS

El movimiento es, naturalmente, de norte a sur, de Córdoba a las llanuras entre Sevilla y Osuna. Hemos de encontrar un río Salado, una plaza de Ategua rica y bien abastecida, otra Ucubi sobre el mismo río, Aspavia aún más al sur y los campamentos que se han ido nombrando en la narración.

A lo largo de ese espacio, viniendo de Córdoba, el accidente natural más notable es el curso del río Genil (fig. 3), donde debía esperarse que Pompeyo se hiciera fuerte. Pero el Genil nos es cono-



FIG. 3.—Río Genil en Ecija y alturas al Suroeste de la ciudad.

cido en la Antigüedad bajo el nombre de Singilis y brilla por su ausencia en el relato. Es verdad que otro tanto sucedió ya con los pasos de la cordillera Mariánica y del alto Guadalquivir que Pompeyo hubiera debido igualmente defender. Tampoco podemos olvidar que el «segundo escenario» no lo elige Pompeyo como más tarde el tercero. Es César quien lleva allí la lucha, en demanda de Ategua el *firmissimum praesidium* pompeyano. Cneo sólo acude después en socorro de la plaza y en busca del enemigo y tratará de situarse lo mejor que pueda, pero Ategua está ya rodeada por los cesarinos.

Ya dijimos que la ubicación de Ategua en Teba la Vieja tiene por causa principal la suposición de que toda la campaña ha de desarrollarse muy cerca de Córdoba, a base de una abusiva interpretación del texto straboniano que ya hemos comentado. Se pretende además que el nombre de Teba sea una deformación del de Ategua, deformación en el mejor caso puramente fonética, sin ningún valor etimológico, lo que nos parece un débil apoyo para una causa complicada². Ya hemos dicho que lo que sabemos de Ategua es que era un firme punto del campo pompeyano, que abundaba en abastecimientos. Lo natural es buscarla entre las plazas importantes de la rica región cordobesa y de su campiña, que además pudiera tentar a César como punto adonde llevar los combates con ventajas para el atacante y no para los defensores desde fuertes posiciones naturales.

La localidad más importante que parezca reunir tales condiciones en la región es Ecija, siempre rico emporio agrícola, situada sobre el Genil a que antes hemos aludido y que, si es verdad que ni el pompeyano lo aprovecha como defensa, niquiera es nombrado en el relato, podemos sospechar que la causa de todo ello pueda ser que César ha tenido la habilidad de anticiparse a cruzarlo antes de atraer hacia ella el ejército enemigo y de que Pompeyo advertido del movimiento acuda en defensa de Ategua.

Para que Ategua sea Ecija parecen existir de primera intención varias dificultades: la de su nombre y la del río cercano desde cuyas orillas ambos contendientes luchan por la captura o por la defensa de la ciudad, río que no se llama *Singilis*, sino *Salsum*. Fuera del apoyo del río Ecija no es una ciudad muy fuerte según la Naturaleza, más bien hundida junto al lecho del río.

² Los restos romanos, incluso de proyectiles y otro material de guerra, señalados por Schulten en Teba —donde Blanco Freijeiro ha excavado más moderadamente— no obligan a localizar allí precisamente a Ategua, contra toda la restante evidencia de que me hago cargo más adelante; como tampoco los encontrados en Espejo, en cuyo castillo se recogió mucho material de acarreo, requieren situar allí a Ucubi. Espejo y Teba juegan seguramente su papel en la primera fase de la guerra, que se desarrolla alrededor de Ulia y Corduba, en la que César se mueve y ataca entre estas dos poblaciones.

En cuanto al nombre de la ciudad diremos que el latino de Ecija es conocidamente Astigi. No se olvide la fonética latina clásica: debe pronunciarse en español Astigui. De las fuentes literarias de la guerra hay una en lengua griega, la de Dion Casio (XLIII, 33, 2) que escribe el nombre de la ciudad Ἀστειγούα. Una raíz de forma At- o Att- no nos es conocida en la región, donde por el contrario tenemos la de Ast- en Asta regia, Astigi y Astapa.

Lo interesante a nuestro propósito es que en la escritura griega un grupo στ puede fácilmente confundir al copista por ττ, lo que daría la lectura Ἀστειγούα donde en realidad dijera Ἀστειγούα. Entonces tendríamos como posible nombre de la ciudad el de Astegua frente al latino de Astig(u)i que es el conocido de Ecija. La diferencia parece insignificante, tanto más si tenemos en cuenta que ignoramos las formas de flexión de los nombres en la lengua indígena, y las pésimas transcripciones de voces y grafías por el escritor militar del *Bellum hispaniense*, según la crítica ha reconocido reiteradamente. Se podría objetar contra la identificación propuesta que Plinio, III, 10 cita a Astigi y Ategua como dos localidades diferentes. Es realmente una dificultad, pero creo que tiene una explicación razonable: la idea que Plinio tiene de Astigi, capital del convento jurídico, que nombra varias veces, es clara. La de Ategua parece más confusa: no le da un apelativo como a todas las que la anteceden y varias de las que las que la siguen. Pudiera suceder que Plinio no tuviera más conocimiento de Ategua que el de su cita en las narraciones de la guerra pompeyana, pero siendo tan notorio el papel de la ciudad en esta campaña, afanoso de nombrar cuantas ciudades le sea posible, no quiere omitir ésta, sin sospechar que pueda ser la misma Astigi que antes ha nombrado ya. Si quisiéramos buscar en el mismo texto pliniano más indicios favorables a nuestra tesis podríamos recordar el título de Colonia *Julia Augusta Firma* aplicado a Ecija (*loc. cit.* 10 y 12) que nos recuerda la condición de *firmissimum praesidium* atribuida a Ategua en *Bellum hispaniense* y que Plinio cita a Ategua inmediatamente a continuación de Singilia, si no es que se trata de un nombre y su apelativo como en las anteriores, o sea Singilia Ategua = Ategua del Singilis (Genil); en cualquier caso sin relación alguna con Teba ni con el convento cordubense, sino con el astigitano, puesto que en él se incluye a Ucubi que tan cerca queda de Ategua, según los capítulos VII y siguientes de *Bellum hispaniense*, Ucubi a su vez está tan cerca de Osuna, que ambas ciudades sirven de puntos de referencia para intercalar entre ellas a Munda (Plinio, III, 12).

La segunda dificultad para la identificación Ecija-Ategua era la proximidad de un río Salsum en vez del Singilis-Genil. Ya hemos visto que a este último, el más importante afluente del Guadalquivir, no

se le nombra en todo el curso de la campaña. Hemos supuesto que la mejor explicación de tal silencio es que César lo tenga desbordado antes de la llegada de Pompeyo al nuevo campo de batalla. César que para atacar a Córdoba tuvo que empeñarse en el difícil paso del Guadalquivir frente a la ciudad, no quiere que le ocurra de nuevo lo mismo con el Genil frente a Ecija y, puesto que se dispone a circunvalar la plaza que está en la orilla opuesta del río, ha debido apresurarse a pasarlo. Cuando Cneo acude en defensa de Ategua no puede hacerse fuerte en la orilla izquierda del río, la ecijana, que César tiene ya rebasada y, tratando de hacerse de una posición tan apta a la resistencia como le sea posible, empuja el grueso del ejército enemigo hacia el Este, hasta el punto en que, a cosa de un par de millas de la ciudad, logra interponer entre los dos ejércitos el curso de otro río que en este punto vierte sus aguas en el Genil, procedente del Sur, y que en el país se conoce con el nombre de Salado de Gilena (fig. 4), aunque es corriente que en los mapas ese nombre alterne con el de río Blanco. La carta del Instituto Geográfico y Catastral consigna los dos nombres, de los que el de Salado es, sin duda, el más castizo y tradicional, puesto que es el que figura en el Repartimiento de Ecija del año 1309, que se conserva en aquel Archivo municipal (Cf., *Catálogo Arqueológico y Artístico de la Provincia de Sevilla*, III, 44). Tal movimiento pompeyano implica que al



FIG. 4.—*El Salado de Gilena.*

encontrar a Ecija en trance de ser rodeada por el enemigo y sin poder pasar directamente a su socorro, Pompeyo ha debido pasar el Genil aguas abajo de la ciudad, para desde allí volver sobre ella y, si no lograr que el enemigo abandone sus posiciones circunvalatorias, por lo menos obligar al grueso de sus fuerzas a replegarse hasta el otro lado (orilla derecha) del río Salado.

Este no es muy caudaloso, aunque sí el más importante en las cercanías de Ecija, después del Genil. Nace en las proximidades del pueblo que le da nombre y uniéndose en ángulo sensiblemente recto a otro curso de agua que viene desde el Sur, camina luego todo el tiempo hacia el Norte, por un espacio de unos treinta kilómetros hasta desembocar en el Genil, casi al alcance de Ecija. Como todos los ríos de la región, exceptuados el Guadalquivir y el Genil, su curso en verano carece de importancia, pero en la estación de lluvias andaluzas, frecuentemente torrenciales, toma un volumen considerable y es para tenerlo en cuenta en operaciones militares, aunque no deje de ser vadeable en condiciones más o menos precarias, sobre todo molestado por un enemigo, y esto es precisamente lo que conviene al papel que juega el río Salsum en la guerra, según hemos visto. Hemos encontrado, pues, un río Salado que reúne todas las probabilidades de ser el Salsum entre cuyas orillas se batieron los beligerantes hasta la caída de Ategua, que —ahora con más motivos— creemos sea Ecija.

Reconocemos sinceramente, como tercera y última dificultad, que la posición de Ecija no tiene nada de señera. Está por el contrario en una depresión al borde del río. Su nota de *firmissima* no puede venirle más que de la presencia de éste, importante en el paraje, de sus murallas todavía subsistentes en trozos notables, o, como ya se dijo, de su riqueza agrícola e importancia de sus almacenes.

Al no poder Pompeyo forzar al enemigo a levantar el sitio de Ategua, la lucha se prosigue entre los dos ejércitos a lo largo del río Salsum, desde las inmediaciones de Ategua hasta la siguiente plaza sobre el río que resulta ser Ucubi.

El capítulo VII de *Bellum hispaniense* puntualiza que el campamento más avanzado que Pompeyo logra establecer frente a los sitiadores está a dos millas de la plaza, que es justamente la distancia entre Ecija y la desembocadura del Salado de Gilena en el Genil. Más tarde (cap. VIII) se añade que Pompeyo estableció su campo a la vista de las dos plazas de Ategua y Ucubi. Como por los episodios que siguen sabemos que Ucubi se hallaba también sobre el río Salsum y que los encuentros entre ambos bandos se desarrollan a lo largo del mismo, hay que buscar a Ucubi sobre su curso. Hoy el pueblo siguiente, remontando el río, es El Rubio, a unos veinte kiló-

metros de Ecija en línea recta. Ucubi debía estar en el mismo lugar o en alguna de las lomas que lo acompañan. Vestigios romanos, restos arquitectónicos y cerámicos, abundan en el paraje, pero no está reconocido ningún yacimiento urbano ni se han hecho excavaciones en su busca. Entre Ategua y Ucubi hay que buscar también el campamento que avizoraba a las dos (*bell. hisp.* VIII). En los poco más de veinte kilómetros suavemente ondulados que separan Ecija de El Rubio destaca notablemente una altura de unos cien metros de cota sobre el nivel de la llanura a sus pies que, a diez kilómetros al Sur de Ecija, en la orilla izquierda del Salado, se conoce con el significativo nombre de Cerro de las Balas, por la abundancia de glandes de plomo que en él se recogen. El autor de la sección de Arqueología del *Catálogo Monumental y Artístico* de la Provincia, don Francisco Collantes de Terán, afirma (III, 64) haber recogido una marcada C. M. de las que, dice, se conocen ejemplares abundantes en Osuna y se interpretan C(neus) M(aximus). La sigla C. para el nombre Cneus es inusitada. La abreviatura habitual del *praenomen* es Cn puesto que C se emplea para Caius. Tampoco sé que Cneo recibiera el sobrenombre de Maximo. Pero antes que Collantes Pierre Paris y sus colaboradores en la excavación de las fortificaciones antiguas de Osuna (Engel et Paris, «Une forteresse ibérique à Osuna», en *Nouv. Archives Mission scientif.*, XIII, 1906, 380) habían encontrado allí una porción de glandes del mismo tipo y describen sus marcas en la forma más ortodoxa Cn(eus) Magnus Imp(erator). En reciente visita a Osuna he podido recorrer las ruinas de las fortificaciones de la antigua Urso y su pequeño, pero interesante Museo local en el que se exponen varias balas del tipo en cuestión. El coleccionista local don Francisco Fajardo Martos tiene reunida una ingente colección de antigüedades ursonenses; cerámica, vidrios, fragmentos epigráficos y escultóricos y gran número de balas de plomo, lisas algunas e inscritas muchas, teniendo la gentileza de obsequiarme con una de éstas en la que se lee con toda claridad CN (eus) MAG(nus) como en otras muchas (fig. 5), con la particularidad de que no todas proceden de un solo molde, pues varían la forma y tamaño de las letras y sus enlaces, pero no su redacción, por lo menos en las varias que me fueron mostradas.

Ni los excavadores franceses citados ni ningún otro estudioso que sepamos intentaron aprovechar tan interesante material para las localizaciones que nosotros estamos ensayando³. Parece que ha sido

³ Después de la redacción de este trabajo Ramón Corzo Sánchez, en su artículo «Munda y las vías de comunicación en el Bellum hispaniense» (en *Habis* 1973, 4 pág. 247), se ha pronunciado en el mismo sentido en que lo hago,

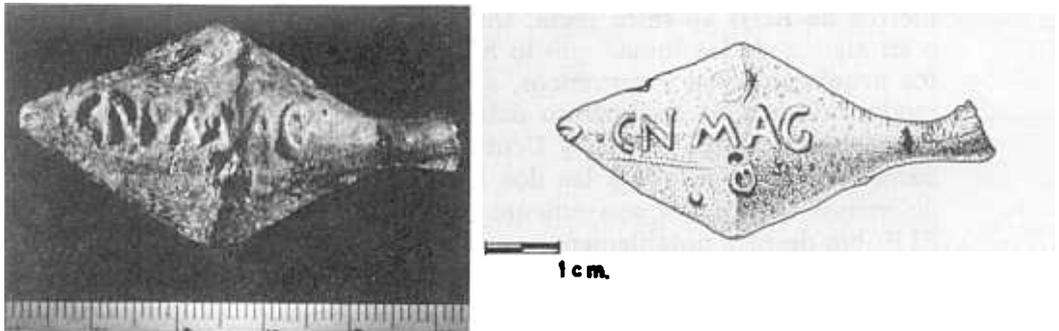


FIG. 5.—Glande de plomo con la marca de Cneus Magnus.

corriente pensar que esas balas atestiguan el paso de Cneo y la desbandada de su ejército después de la derrota de Munda. El aspecto de los hallazgos de Osuna y del Cerro de las Balas es muy otro y delatan no un paso precipitado, sino la ubicación de campamentos y el desarrollo de una acción de guerra no tendría ningún sentido que un ejército que se bate en retirada tratando de ocultarse se entretuviera en escalar alturas y sembrarlas de proyectiles en vez de precipitarse por el camino llano. Pensamos que la abundancia de balas en el expresado cerro entre Ecija y El Rubio confirma el emplazamiento que aun sin ellas habría que postular del campamento pompeyano durante la campaña del río Salsum. El Cerro de las Balas, la posición más señera de todo el paraje ha tenido que ser aprovechada por el que todavía es dueño del país en que se defiende. Desde él se ataca el otro lado del río y a una distancia de unas cuatro millas el fortín que César ha establecido en Castra Postumiana (cap. VIII). Precisamente a esa distancia, unos ocho kilómetros del Cerro de las Balas y al otro lado del río, encontramos las alturas de El Borreguero (206 m. de cota máxima). Entre éste y el Cerro de las Balas tienen perfecta cabida y se entienden perfectamente los episodios de escaramuzas, encuentros en el llano, pasos reiterados del pequeño río y repliegues sobre las alturas campamentales que el cronista refiere en los capítulos VII y siguientes hasta la toma de Ategua y retirada de Pompeyo sobre Ucubi. Impresiona la insistencia con que el historiador advierte constantemente que el terreno es montuoso y poco apropiado para la lucha en campo abierto (caps. VI, 3; VIII, 1, etc.).

a la vista del mismo material y aduce referencias a escritores anteriores. Los caminos por que hemos llegado a conclusiones finales muy semejantes han sido independientes y en buena parte diferentes.

Lugares realmente montañosos no los hay en esa parte de la Baja Andalucía, pero en sitios comprobables el narrador describe como accidentados parajes que no pasan de ser un tanto ondulados y esas ondulaciones abundan y en ocasiones acentuadamente en el terreno que estamos considerando, por contraste con lo que encontraremos después entre Osuna y Sevilla. En el capítulo XLI, 2 se dice expresamente que Ursanoe (Osuna) ponía gran impedimento a los ataques *non solum opere, sed etiam natura ediuutus*. Pues bien, los desniveles para alcanzar Osuna no exceden de los que encontramos a ambos lados del Salado de Gilena que oscilan entre los más de 100 y menos de 300 metros de cota. Verdad es que la antigua Osuna está reconocida principalmente en el cerro que la flanquea hacia el Este, donde los arqueólogos franceses ya citados encontraron las fortificaciones que calificaron de ibéricas, por más que la presencia de las glandes marcadas que ya conocemos delatan su utilización en la guerra objeto de nuestro estudio, como acertadamente observó Thouvenot (*Essai sur la Province romaine de Bétique*, 380) haciendo resaltar que los excavadores describieron la muralla como obra apresurada y poco cuidada, como si se hubiera levantado ante el temor de un peligro inminente, que es lo que debió ocurrir al aproximarse César. La muralla protege a la ciudad por el Este, buscando el dominio de la ruta de Estepa que es, como veremos, la parte por donde era de temer que el enemigo se presentase y efectivamente se presentó.

La posición de Osuna es, con la algo semejante de Marchena, una excepción en el contorno, pero aun así considerar ese terreno como montañoso es una evidente exageración. En ese aspecto las localidades propuestas por Schulten en la provincia de Córdoba algunas, como Espejo con conocidas antigüedades romanas, presentan un suelo más accidentado y apto para una guerra de posiciones, pero no es esta clase de guerra la que convenía a César que es el atacante y al que corresponde la mayor parte del tiempo la iniciativa, y especialmente al llevar la lucha a la región de Ategua y tratando siempre de provocar un encuentro decisivo en campo abierto, lo que al fin logrará en el campo mundense. En la región cordobesa del Guadajoz no se conoce el río Salado ni los otros nombres de la campaña han sido identificados, ni siquiera rastreados entre los modernos, fuera de las vagas semejanzas de sonido entre Teba y Ategua, como entre Munda y Montilla. Pero para encontrar terreno verdaderamente montañoso habría que seguir hasta mucho más al Sur, a la cordillera Penibética que es la única verdaderamente tal desde la entrada en Andalucía por la Mariánica. Allí se han hecho efectivamente localizaciones para nuestra guerra (Ronda, Monda) pero la dificultad de compaginarlas con el contexto histórico impidió que prosperaran

tales ideas. Es, pues, lo probable que las ondulaciones de las campiñas cordobesa primero y sevillana después desde Córdoba y Ecija hasta Estepa, Osuna y Sevilla basten para justificar que el escritor militar las encontrara molestas y dificultosas para el despliegue de los ejércitos.

Otros datos para buscar el emplazamiento de Ucubi no existen en las fuentes. El nombre, como el de Ategua, es desconocido de toda la literatura anterior a la campaña, con la excepción de una oscura alusión de Salustio (*Hist.*, I, 23) en las guerras sertorianas. Después es verdad que se encuentran en Plinio, III, 12 y en Strabon, III, 2, 2 pero ya vimos que los indicios arrastran fuertemente a la sospecha de que los geógrafos citan tales nombres por su notoriedad en la guerra pompeyana y que sólo a través de esta historia los conocen. De los nombres de los campamentos todavía es más lógico lo que ocurre. Es natural que accidentes que ni siquiera serían pueblos, sino sólo fundos o lomas, etc. tomen mucha importancia en el desenvolvimiento de la guerra, pero fuera de ella no interesen a nadie.

De lo correcto del nombre de Ucubi no podríamos tener mucha garantía dado lo descuidado del escritor militar en su transcripción de nombres indígenas, si no poseyéramos algún testimonio epigráfico (*CIL*, II, 1404). Los demás escritores, aun los que dependen de otras fuentes, han podido tomar esa particularidad de nombres desconocidos del que había sido testigo presencial de los hechos. De todos modos Ucubi no suena mal entre otros topónimos de la región como Ocurri, Iptuci, Tucci, etc. A los inclinados a especular sobre tan resbaladizo terreno dejo el hacerlo sobre la posibilidad de que, como en tantos otros casos, al extenderse el habla romanceada y no entenderse ya el significado de nombres vernáculos, el de Ucubi se fuera transformando hasta llegar a ser El Rubi(o).

Antes de abandonar el escenario del río Salsum recordemos que la narración introduce todavía los nombres de Aspavia y Soricaria. El capítulo XXIV de *Bellum hispaniense* nos contaba que Cneo observaba desde Ucubi que César trataba de cortar sus comunicaciones con Aspavia, lo que trata de impedir dando lugar a un encuentro en Soricaria, entre Ucubi y Aspavia. Se dice que Pompeyo rehúye el encuentro en la llanura y que un cerro favorece su repliegue. Aspavia se hallaba a cinco millas de Ucubi, es decir unos nueve kilómetros. Puesto que la acción de César es interpretada por enemigo como un intento de corte de comunicaciones hay que buscar a Aspavia, como siempre, más al Sur. A once kilómetros al Sur de El Rubio encontramos la importante localidad de Estepa cuyo nombre antiguo nos es conocido, Astapa (Livio, XXVIII, 22 y 23; Appiano, VI, 33; Stephano Byz. s. v.; *Itin. Ant.*, 411, 3 Ostippo; así también

Plin., III, 2 y *CIL*, II, 1449). Paso obligado en la vía transversal Hispalis-Anticaria como hoy todavía en la carretera entre Sevilla y Málaga por Antequera.

Aspavia tampoco es conocida por otras fuentes y hay que pensar que su nombre puede estar tan desfigurado como tantos otros por el escritor militar. Como en ocasión anterior le hemos visto, a lo que creo, transcribir Ats(igi) por Ate(egua) pensamos que esta vez ha podido cambiar Ast-en Asp- de donde podría resultar que Aspavia no fuera otra que Astapa. A medio camino entre ella y Ucubi debió librarse la acción de Soricaria que probablemente no es ninguna ciudad sino sólo nombre de algún vico o fundo, cerro o accidente. Las márgenes del Salado de Gilena están sembradas de despoblados y restos arqueológicos, según Collantes (*Catálogo*, III y IV. Ecija y Estepa). El nombre de Soricaria como el de Castra Postumiana parece proceder de los romanos, quizás a partir del de *sorores*, hermanas. En el país conocemos el nombre de Dos Hermanas en el pueblo próximo a Sevilla y en la sierra del término de Jerez de la Frontera se aplica a dos elevaciones gemelas a la orilla izquierda del río Majaceite, actualmente embalse de Guadalcazín. Dos protuberancias más o menos gemelas a la vista de los contendientes pudieron impresionarles entre El Rubio y Estepa, probablemente en los cerros de La Esparragosa, a poca distancia del primero, al borde del camino hacia la segunda, por donde corría calzada romana cuyos vestigios han sido reconocidos (Cf. Collantes, *Catálogo*, III, 101-102). Esas alturas pueden ser las que se nombran en *Bellum hispaniense*, de las que Cneo no quiere apartarse para descender la llanura, mientras César trata de filtrarse por sus costados en busca del corte con Estepa. Su doble cúspide pudo dar el nombre de Soricaria. Plinio, III, 11, al nombrar las localidades del convento hispalense da a continuación de Oripo —reconocida en la contigüidad de la moderna Dos Hermanas— los nombres de Caura y Siarum. Nombradas en sentido contrario Siarum-Caura no se negará que producen un sonido muy próximo al de Soricaria. El filólogo García de Diego, hijo, cita (*Archivo hispalense*, 95, 1959) el cortijo de Xorquera con restos arqueológicos en las proximidades de Dos Hermanas y apunta que Xorquera puede ser corrupción de Soricaria y representar una forma corrompida de las *Duae sorores* que se han traducido por Dos Hermanas. La Soricaria de *Bellum hispaniense* es por supuesto enteramente distinta del pueblo de Dos Hermanas, en la salida de Sevilla hacia Cádiz, pero los nombres pueden tener en ambos casos un origen común.

Con esto creo que tenemos tan justificadas como es posible las localizaciones que proponemos para los nombres citados en la campaña alrededor del río Salsum, que hemos calificado de segundo

escenario de la guerra. A partir de ahí Pompeyo se retira de Ucubi sobre el oliveto de Hispalis que creemos situado por los alcóres de Carmona, mientras César se establece en la vía transversal Hispalis-Anticaria, primero en Ventipo-Casariche y luego, moviéndose hacia el Oeste, aunque se cree obligado a evitar por el momento la importante pero aún indecisa Osuna —que por otra parte el Itinerario de Antonino no cita como mansión sobre la calzada— se apodera de Carula cortando por consiguiente el camino más directo de Cneo hacia Carteia, quedando entre los dos rivales la gran llanura que resulta ser el campo mundense, teatro de la batalla definitiva.

MUNDA Y EL CAMPO MUNDENSE

Hasta este punto tenía trabajado el presente estudio desde hace mucho tiempo y nunca me ha abandonado la convicción de que los primeros escenarios de la guerra, desde Córdoba hasta el campo mundense no pueden ser muy distintos de como los dejó expuestos. Ahora bien, a partir de este momento, *De bello hispaniense* en sus capítulos XXIX a XXXIII, y aun algún detalle posterior, aporta precisiones sobre el campo de batalla y sobre su relación con la ciudad amurallada de Munda, que me han planteado siempre serias dudas sobre su interpretación. Como nunca he logrado desvanecerlas había dejado mi estudio en suspenso mientras alguna nueva circunstancia no me proporcionara un nuevo camino hacia una solución satisfactoria. En este trance ha acaecido lo que he referido al principio: el maestro García y Bellido, al conocer mis investigaciones opinó que era de interés darlas a conocer en el estado en que se hallan, porque el problema va quedando enfocado más de cerca y la publicación puede provocar colaboraciones que aporten datos imprescindibles. Eso me ha determinado a aportar este estudio a su Homenaje, aunque yo advierta lealmente que en lo que resta sigo encontrando puntos oscuros para los que no he hallado explicación que me satisfaga. Iré, pues, exponiendo los hechos y los reparos que me sugieren.

Ante todo hay algo extraño en el modo de introducir a Munda en la narración. Hemos visto que el historiador después de contar en el capítulo XXVII que Pompeyo abandona Ucubi, dice expresamente que establece su nuevo campamento en un oliveto *contra Spalim*, pero a Munda no la nombra en absoluto. César después de tomar Ventipo y Carruca *contra Pompeiium castra posuit*. La ciudad que Pompeyo incendió por haberle cerrado sus puertas (XXVII; 6) parece ha de ser Carruca que acaba de nombrarse. Y el capítulo acaba literalmente: *hinc itinere facto in campum Mundensem cum esset ventum* (Caesar) *castra contra Pompeiium constituit*. Es decir:

desde allí (inmediaciones de Carruca) puesto en camino, como llegase al campo mundense, estableció su campamento frente a Pompeyo. El campo mundense queda, pues, por delante de Carruca en el sentido de la marcha de César y frente al olivar frontero de Spalis donde antes se ha dicho que Pompeyo ha acampado. De la ciudad de Munda sigue sin decirse una palabra. Ya hemos visto que Carruca-Carula está junto a la Puebla de Cazalla (Cásula) y que el oliveto hay que buscarlo al borde de los alcores sevillanos sobre el que se asoman los pueblos de Mairena, El Viso y Carmona. A sus pies se extiende hasta Marchena y la Puebla impresionante y dilatada llanura (fig. 6) que cruza el río Corbones. En el capítulo XXVIII, 3 se dice que Pompeyo estaba defendido no sólo por la naturaleza del terreno sino también *ipsius oppidi munitione ubi castra habuit constituta* por las fortificaciones de la ciudad donde había establecido su campamento; es decir, que el campamento que antes citó *in oliveto contra Spalim* ahora nos enteramos de que se apoyaba, militarmente hablando, en la propia fortificación de una ciudad que sigue sin nombrarse, pero se insiste en que el paraje está formado por alturas entre las que se extiende la llanura. El capítulo XXIX señala una extensión de cinco millas, unos nueve kilómetros, a la que media entre los campamentos de ambos rivales. La distancia entre la Puebla y los alcores es de unos 35 kilómetros. Como el texto XXVII, 6



FIG. 6.—La vega de Carmona desde el banal de El Viso del Alcor.

que hemos transcrito habla expresamente de que César se pone en camino desde Carruca hasta llegar al campo mundense, parece que éste quedaría próximo a las posiciones pompeyanas, pero a cierta distancia de Carruca y a ese campo estrictamente considerado será al que conviene el nombre de mundense y la extensión de cinco millas. En cuanto a Munda, ciudad, sigue sin nombrarse. En XXIX, 1 se insiste en la protección que «la ciudad» (*oppido*) y la naturaleza prestaban al campamento pompeyano. En XXIX, 2 una nueva precisión para la identificación del campo mundense: desde las alturas discurría un riachuelo (*rivus*) que dificultaba su acceso. No debe tratarse del río Corbones que es el más caudaloso de la gran llanura que estudiamos, porque no corre inmediato al pie de los alcores, sino al otro extremo puesto que pasa por la propia Puebla de Cazalla; ni debe llamarse *rivus* al Corbones cuando se ha estado llamando *flumen* todo el tiempo al Salado, francamente, menos caudaloso. Pero al pie de los alcores discurren otros verdaderos arroyos que van recogiendo las aguas de la ladera y uniéndose corren más o menos paralelos a la ladera misma, como el de las Trece Revueltas, que vierte en el Alcaudete y todos en fin en un Salado que por supuesto nada tiene que ver con el de Gilena. El narrador añade que el arroyo corría hacia la derecha por un suelo pantanoso y agrietado.

Si tales detalles han sido descritos con propiedad constituyen una dificultad para aplicarlos a los arroyuelos que acabamos de nombrar porque éstos, vistos desde las posiciones cesarinas, frente a los alcores, corren hacia la izquierda en demanda del río Guadaira que vierte en el Guadalquivir inmediatamente al Sur de Sevilla. Terreno tan llano y consecuentemente cruzado por tantos arroyuelos tal vez en la estación de lluvias pudo parecer al cronista *palustri et voraginoso*. Los cursos de agua han perdido caudal en el transcurso de dos mil años; continuamente lo vienen perdiendo desde la época diluvial, pero lo que más propiamente podría pasar por terreno lacustre en aquellos contornos, está hacia el extremo nordeste de la llanura y del otro lado del río Corbones. Casi desde el pie del Cerro de las Balas que ya conocemos hasta las proximidades del pequeño pueblo La Lantejuela se extiende —muy alterado actualmente por modernas obras de irrigación— un mosaico de una media docena de lagunas, de las que la más notable es la de Ruiz Sánchez de más de tres kilómetros de largo por casi dos de anchura máxima. Este sistema queda demasiado alejado del espacio concreto que estamos considerando y las operaciones no han debido desarrollarse en sus inmediaciones, pues aparte de lo inapropiado de su naturaleza para el despliegue de los ejércitos, el historiador no hubiera dejado de nombrar explícitamente por lo menos la laguna mayor que caracteriza todo el paisaje.

La única manera de entender el pasaje literario que comentamos en el terreno al pie de los alcores es pensar que el autor ha equivocado la dirección de los arroyos, anotándolos como corrientes a la derecha en vez de a la izquierda, o bien —y es lo más probable— que hace su descripción *a posteriori*, cuando ganada la batalla y apoderados los cesarinos de los alcores, el cronista ha podido mirar a sus anchas desde arriba el campo de batalla y describirlo en sentido contrario; vistos desde allí es cierto que las aguas corren hacia la derecha. También desde la altura y en estación lluviosa la extensa llanura bien saciada de agua puede presentar un aspecto que puede ser escrito como pantanoso.

Otras reservas nos plantea la propia ciudad de Munda. Los capítulos XXX y XXXI describen el terreno y las incidencias de la batalla, donde César avanza hasta el pie de la ladera y Pompeyo intenta prevalerse de su ventajosa posición, todo ello en forma enteramente apropiada al terreno que consideramos. Choca la reiterada alusión en los párrafos 7 y 8 del capítulo XXXI al refugio que supuso «la ciudad» a los que retrocedían, de los que ninguno se hubiera salvado de no haberse refugiado en el mismo lugar del que habían salido. Hasta el capítulo XXXII no se ha dado una sola vez el nombre de tal ciudad, habiéndose dicho solamente mucho antes que el campamento pompeyano estaba *in oliveto contra Spalim*. Al principio del capítulo XXXII hay una laguna en el texto y luego las primeras palabras conservadas son: ... *ex fuga hac qui oppidum Mundam sibi constituissent praesidium, nostrique cogebantur necessario eos circumvalere*; es decir, que hay que entender que (sólo escaparon) de esta huida los que se refugiaron en la ciudad de Munda, de modo que los cesarinos juzgaron necesario rodearlos. Esta es la primera vez que aparece el nombre de Munda en la narración y, como se ve, no con motivo de uno de los tan frecuentes movimientos de Pompeyo, sino al buscar los derrotados refugio *in eum locum... ex quo erant egressi* (XXXI, 8) y que hasta ahora no había merecido el honor de ser nombrado. Desde Carmona hasta Sevilla no hay otra localidad muy notable en los alcores, pero sería muy extraño que el historiador hubiera confundido el nombre de plaza tan importante y conocida como Carmo. Lo cierto es que ni a Carmo se la nombra en ninguno de los episodios siguientes, ni en los alcores hay otra plaza que conserve recuerdos o indicios a relacionar con Munda. Por consiguiente en una narración que parecía hasta ahora coherente e iba permitiendo localizaciones muy probables desaparece de pronto el olivar *contra Spalim* y aparece el nombre, por lo demás desconocido, de Munda de la que antes no se ha dicho palabra.

Todavía el mismo capítulo XXXII cuenta cómo un pelotón de caballería capitaneado por el joven Valerio huye hacia Corduba donde

refiere a Sexto Pompeyo el resultado de la batalla, episodio del que Schulten toma pie para reafirmar la proximidad de Munda a Córdoba, deducción por cierto bien poco feliz, puesto que el mismo texto indica que el objeto del viaje es dar cuenta a Sexto del acontecimiento y lo que demuestra es que Munda estaba lo bastante alejada para que en Córdoba nadie se hubiera enterado del hecho hasta que van a contarlo. Ello permite a Sexto decir todavía a los cordobeses que sale a tratar la paz con César y saliendo efectivamente de noche emprende la huida, no sabemos exactamente por qué vías, pero seguramente hacia Roma donde reaparece más tarde en la Historia.

Cneo por su parte logra huir hacia Carteia, lo que César trataba de impedir durante toda la campaña. Bien es verdad que lo hace en circunstancias bien precarias cuyas localizaciones ocuparán nuestro comentario a los últimos capítulos del *Bellum hispaniense*.

Para terminar antes con Munda diremos que ésta reaparece en el capítulo XLI, es decir, después que se ha contado la rendición sucesiva de Córdoba, de Sevilla, la estancia de César en Cádiz y aun el mismo fin de Cneo. Según parece Munda no se rinde hasta ese avanzado momento y aún se apresan en su interior catorce mil combatientes. A continuación se expugna Osuna a la que se presenta de nuevo fuertemente amurallada. Detalle significativo es la noticia (XLI, 5 y 6) de que para la mejor defensa de Osuna de un asedio Pompeyo había hecho talar todo el arbolado a su alrededor de modo que no se encontraba madera en una distancia de seis millas, por lo que los cesarinos hubieron de traer la necesaria al ataque desde Munda que acaban de tomar. Esto implica que Munda quedara a una distancia de Osuna inferior a las seis millas que distaban los primeros bosques no talados, lo cual demuestra una vez más la imposibilidad de situar a Munda cerca de Córdoba. Los mismos alcores distan de Osuna unos cincuenta kilómetros; demasiado lejos por consiguiente para la noticia que comentamos.

De modo que Munda se nos presenta tardíamente en el relato (capítulo XXXII de un total de cuarenta y dos) y en medio de extrañas paradojas: su primera cita nominal es para decirnos que los pompeyanos se refugian en ella *ex qua erant egressi*, por más que antes se había dicho que la posición de los pompeyanos era un olivar *contra Spalim*, no contra Munda. Después se dice que los cesarinos llevan la madera de Munda a Osuna porque es la que tienen más cerca habiéndose precisado antes que los bosques más cercanos a Osuna estaban todavía a seis millas; luego Munda debe estar a menos.

Munda sigue, pues, bien difícil de encontrar. Tenía que ser plaza bien fuerte para resistir con sus catorce mil hombres mientras Córdoba y Sevilla se rinden. Los vestigios de Munda no han sido jamás

reconocidos fehacientemente. Bien es verdad que la plaza se da por destruida como consecuencia de la campaña y los geógrafos posteriores hablan de ella en pasado (Plinio: *inter quae «fuit» Munda*); evidentemente sólo conocida por la narración.

Su mismo nombre ha dado lugar a extrañas hipótesis. La voz *munda* (limpia) nada tiene que ver con el nombre de Montilla que viene de montículo, a causa de su situación. Más razonable es aducir el parecido nominal con Monda. Pero Monda está ya tan cerca del mar de Málaga, al otro lado de las sierras que es imposible ligar su emplazamiento con el contexto relativo al resto de la campaña desde Córdoba y el Guadalquivir, ni al transporte de la madera de Monda a Osuna estando por medio toda la serranía de Ronda.

La propia Ronda tuvo muchos partidarios para alojamiento de Munda, Ronda es la localidad más importante de la sierra malagueña y, aunque en terreno muy accidentado, no deja de presentar una explanada de tierra cultivable en que pudo desarrollarse una batalla campal. Además su nombre antiguo Arunda, pudo pasar a ser Munda en códices mal copiados. Pero la confusión es demasiado general para simple error de transcripción y viene desde los autores romanos, anteriores a los códices en que nos han llegado. De tener que aceptar el nombre Munda como mala transcripción del de Arunda habría que creer que todos los autores antiguos que nos transmitieron el topónimo lo conocieron exclusivamente a través de la descuidada redacción del conmlitón de César, lo que ya sabemos que no es la opinión de los críticos que se han ocupado de la discriminación de las fuentes. Volveremos en seguida sobre Ronda al estudiar la huida de Cneo Pompeyo.

No querría dejar de mencionar siquiera la opinión del erudito gaditano Adolfo de Castro que en su *Historia de Cádiz y su provincia* (Cádiz, 1858) propugnó la identificación del riachuelo de Munda con el arroyo Romanina, al pie de la sierra de Gibalbín en el límite de las provincias de Sevilla y Cádiz. Da al término *romanina* un sentido análogo a los de sarracina, escabechina, en este caso «matanza de romanos» y discurre con mucha sabiduría y buen sentido sobre la topografía pertinente. El conocía exhaustivamente la bibliografía sobre el tema. La dificultad está en entender todos los movimientos en los escenarios sucesivos de la campaña desde Córdoba en adelante y si Schulten adoleció de quedarse demasiado replegado junto a Córdoba, me parece que Castro incurre en el defecto contrario al llevar a Munda tan lejos de aquella que hay gran dificultad para explicar los pasos intermedios. Todos los episodios del «segundo escenario», el del río Salsum, quedan tan difíciles de localizar para una Munda contigua a Córdoba, como para otra adentrada en tierras malagueñas

o gaditanas. Las ubicaciones postuladas para Ucubi y Ategua son tan arbitrarias y nada convincentes en un caso como en el otro.

Sin embargo, ya he confesado con lealtad que el hilo de mi reconstrucción que me parece satisfactoria desde Córdoba hasta el campo mundense, se me embrolla o se quiebra de ahí en adelante. No encuentro cuál puede ser la plaza fuerte Munda, fuera de Carmona, al borde de los alcores sevillanos; el Viso o Mairena carecen de vestigios mundenses. En Mairena vivió largos años Jorge Bonsor, a quien tanto deben la arqueología del valle del Guadalquivir y de Carmona; si en Mairena o en sus inmediaciones existieran vestigios de la guerra pompeyana no hubieran podido pasar desapercibidos a tan fino observador y eminente arqueólogo. La distancia a Osuna es mucho mayor de las seis millas que debían distar los bosques menos alejados. Las aguas que cruzan la llanura al pie de las lomas no corren hacia la derecha del espectador colocado en el campo cesarino, sino hacia su izquierda.

Se obviarían muchas dificultades si supusiéramos que el repliegue de Pompeyo, una vez abandonada Ucubi, no le llevó tan lejos como a los Alcores. Un *oliveto* podría en rigor encontrarse en medio de las llanuras donde todavía subsiste el olivo. Marchena, única localidad importante de la llanura que no nos ha salido al paso en todo el relato, está más o menos en esa situación (fig. 7) y aventajaría



FIG. 7.—Marchena desde el Norte.

a la de los pueblos de los Alcores para entender el campo de batalla: si César avanzaba desde la Puebla apoyando su flanco izquierdo en el río Corbones, es decir, por la orilla derecha del río, al convertir su frente hacia la izquierda, el Corbones, curso más importante que los arroyos al pie de los Alcores, se interpondría realmente entre él y la posición pompeyana; discurriría hacia la derecha como quiere el texto, puesto que el Corbones no va al Guadaira sino directamente al Guadalquivir aguas arriba de Sevilla. Todo eso va perfectamente; las dificultades a mi juicio son: primera, que pequeños olivares en la llanura podrían perfectamente encontrarse pero no describirlos *contra Spalim* ya que Sevilla queda excesivamente alejada (40 ó 50 kilómetros en línea recta) y segunda: que las ondulaciones escasas y leves de la llanura no parecen emplazamiento adecuado para la plaza de Munda tal como se la describe en los capítulos posteriores a la batalla; Marchena única ciudad donde pudiera pensarse que hubiera podido haber una plaza fuerte romana, conserva restos de sus antiguas murallas árabes pero no antigüedades romanas como Osuna y Carmona. Su distancia a Osuna dobla todavía las famosas seis millas de los bosques más cercanos. Sin embargo, en vista de las dificultades que confieso encontrar al emplazamiento en los Alcores, por otra parte tan sugestivos, la candidatura de Marchena debe ser por lo menos objetivamente apuntada. Todavía más al Este una Munda asentada hacia donde hoy está el pequeño pueblo La Lentejuela, dejaría exactamente a su derecha la región paludínosa de las lagunas mencionadas y su distancia a Osuna sería aproximadamente la deseable, pero lo del olivar *contra Spalim* no podría aplicársele y ni una posición eminente, ni el *rivus currens ad dextrum* ni las demás circunstancias del terreno se le pueden aplicar satisfactoriamente⁴.

Concluimos, pues, que en un campo mundense que parece plausiblemente encontrado al pie de los Alcores de Carmona, es difícilísimo encontrar la ciudad homónima en las condiciones precisas que le señala *De bello hispaniense*.

Ya sabemos que esa crónica no es la única fuente literaria para la campaña, pero en lo que a topografía se refiere, las demás apenas añaden nada que aclare el enigma. Ya hemos utilizado varias veces

⁴ El ya citado trabajo de Ramón Corzo me entera a última hora de que ya en 1870 una efímera sociedad arqueológica sevillana recogió algún material antiguo en el llamado Cerro de la Camorra, a unos tres kilómetros al Este de la Lantejuela y propuso el yacimiento como posible emplazamiento de Munda, idea que compartió A. Engel en 1892 en su «Rapport sur une mission archéologique en Espagne, 1891» (NMSc t. III) proponiendo excavar el lugar. El proyecto no se realizó, pero me dice el Sr. Corzo que aunque los cultivos mecánicos modernos tienen completamente destrozado el yacimiento, los vestigios de una ciudad antigua —algibes, amurallamientos, etc— son patentes; de lo que resulta que en 1978 el Cerro de la Camorra viene a ser un candidato calificado a la ubicación de Munda, en la línea de mis razonamientos de 1972.

la importante precisión de Plinio de colocar a Munda entre Ucubi y Osuna y hemos advertido respecto a Strabón, generalmente tan útil, que esta vez en la cuestión de los nombres como en la de las distancias no puede menos de haber estado mal informado.

Las otras fuentes, sobre todo las que creemos que nos transmiten la tradición liviana procedente quizás de otro testigo presencial (¿Polión?) dan algún detalle suplementario, como la nerviosidad de César durante la batalla, pero para la topografía apenas nada aprovechable. Casi todos ellos (Dio Cass., XLIII, 37; Floro, II, 13, 82; Velleio, II, 55, 3; Frontino, II, 8, 13; Appiano, II, 104; Plutarco, *Caes*, 56) hacen alusión al hecho de que César, o ambos rivales, echan pie a tierra en medio de la refriega, y que César se adelanta a la cabeza de los suyos, pormenores que parecen convenir al hecho de haberse desarrollado la batalla en la escalada de una cima, más bien que todo el tiempo en un llano y extenso campo, de acuerdo con lo que hemos supuesto que ocurre en el encuentro al pie de los Alcores.

Dion Cassio hace otra observación de algún interés (XLIII, 35, 2). Después de la pérdida de Ategua Pompeyo anda indeciso «de un lado para otro» (ἄλλοτε ἄλλη τῆς χώρας μεθιστάμενον πλανᾶσθαι) hasta que, contra todos los augurios, presenta batalla en las inmediaciones de Munda, descripción congruente con lo que supone la retirada desde Ucubi-El Rubio hasta el campo mundense y el oliveto hispalense en lo alto de los Alcores.

Resulta, pues, que Munda queda extraordinariamente imprecisa desde el momento tardío en que es introducida por el cronista militar en un terreno que creíamos tener bien delimitado, pero en el que no es nada fácil situar la ciudad. Ninguna fuente anterior había hablado nunca de una plaza llamada Munda en Andalucía y todo lo que conocen de ella las posteriores procede de la guerra pompeyana. Uno se inclinaría a pensar que la existencia de una palza fuerte de nombre Munda al lado de las tan conocidas de la región (Urso, Hispalis, Carmo, etc.) pudiera proceder de introducir el nombre de una ciudad en un campo mundense que podría tomar el suyo simplemente de algún *fundus*, o *vicus*, o meramente de la «limpia» llanura que se divisa desde la fuerte Carmo y sus alcores (figs. 8 y 9) que tentó a Pompeyo a presentar batalla desde su posición señera. La «batalla de Munda» habría sido entonces como la de los Campos Cataláunicos, la del campo mundense. Pero como se habla con reiteración de las condiciones fuertes de la plaza, la evanescencia de una concreta ciudad llamada Munda, apenas puede sugerirse como hipótesis. Me parece más serio y honrado, a falta de solución propia, presentar lealmente los términos de la cuestión invitando a los demás a darle una solución aceptable. Sólo me extrañaría que el «tercer escenario» de la campaña, el de Munda y su batalla, llegara a invalidar la recons-



FIG. 8.—*La vega de Carmona desde el alcázar de la ciudad.*

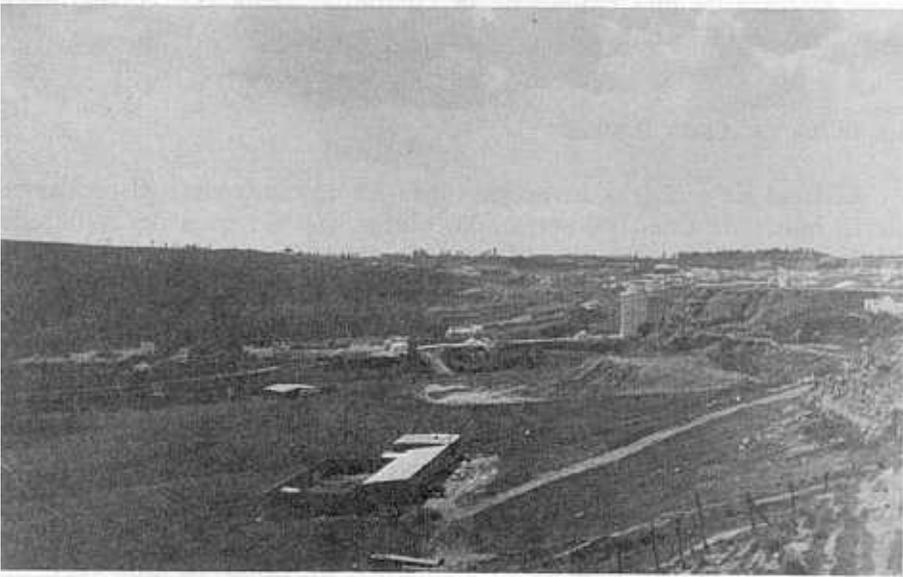


FIG. 9.—*El Viso del Alcor.*

trucción aquí presentada del «escenario segundo», el del río Salsum y sus plazas adyacentes.

Los capítulos del *Bellum hispaniense* posteriores a la batalla (XXXII y siguientes) carecen de dificultades para las localizaciones, si se exceptúa la narración de la huida y fin de Cneo Pompeyo que examinamos a continuación. Las tomas de Corduba, Ursaona e Híspalis, las andanzas de César a Sevilla y Cádiz, pasando por Asta, son todos hechos claros y las localidades conocidas y existentes aún hoy, salvo Asta, cuyos restos están también perfectamente identificados y parcialmente excavados. Hace años publiqué (*AEspA.*, 14, 1941, 555-560) una inscripción hallada en sus inmediaciones que da el nombre de dos hermanos Baebios, el mismo de uno de los caballeros astenses que se presentan a César en el capítulo XXVI de la crónica. Los Baebios son muy abundantes en la epigrafía en Cádiz y Jerez, desde la época republicana. En el citado artículo recogí numerosas citas de las excavaciones, del *CIL* y de otras procedencias.

En *Bell. hisp.*, XXXV se nombra una *Lennium* en la Lusitania donde los pompeyanos más adictos tratan todavía de buscar refuerzos y consiguen prolongar la resistencia de Sevilla por unos días. Como no se dan más precisiones sobre esa localidad enteramente desconocida, *Lennium* seguirá siempre ignorada a menos que algún testimonio arqueológico descubra su nombre *in situ*. En cualquier caso se trata de una ciudad de la Lusitania, ajena por consiguiente al teatro de la guerra.

LA HUIDA DE CNEO POMPEYO

El final de nuestras investigaciones ha de contraerse al escenario de la huida de Cneo Pompeyo. Ya vimos que después de la batalla envía a Córdoba a Valerio al frente de unos pocos caballeros a enterrar a su hermano Sexto de la derrota, pero él no se une al grupo, ni huye en esa dirección que supone adentrarse en el país perdido, sino que opta por escapar hacia Carteia a orillas del mar, preocupación que parece latir en todos sus movimientos anteriores, así como en los de César se descubre la constante intención de impedirlo. Hemos visto a César antes de la batalla establecerse al Sur de Pompeyo y ocupar puestos (Carula, Ventipo) en la vía transversal Híspalis-Anticaria, aunque evidentemente no la vía en su totalidad. Plazas como Marchena y Osuna, las más importantes en la actualidad en el paraje, no habían caído aún en manos de César aunque recordemos que Osuna no se cita como mansión en el Itinerario de Antonino y de Marchena nada se sabe de cierto por las narraciones de la guerra... De cualquier modo lo evidente es que Cneo encuentra el

modo de filtrarse de noche y a uña de caballo entre los cesarinos, en demanda de las sierras que tiene a las espaldas, entre cuyas anfractuosidades y desprovisto de todo aparato pasará desapercibido hasta alcanzar Carteia en la bahía de Algeciras (fig. 10). El pompeyano pudo haberse replegado sobre Sevilla después de la derrota, como parece haber previsto desde su instalación *contra Spalim*. Es natural, sin embargo, que no lo hiciera si había de emprender una huida inmediata. En Sevilla hubiera podido encontrarse obligado a intentar rehacerse, pero debía tener el ambiente de la ciudad después del descalabro. Hubiera podido comprometer su huida, pues desde Sevilla había de atravesar buena extensión de tierra llana, poblada e impropia para la ocultación antes de alcanzar las sierras. Las calzadas le eran inútiles para la huida a caballo y la menor distancia a Cádiz de nada le servía puesto que en Cádiz estaba apostada la escuadra cesarina de Didio. Es, pues, prácticamente seguro que Pompeyo huye directamente desde el campo de batalla hacia Carteia a través de las líneas cesarinas, que, naturalmente, no existen después de la batalla y expugnación de los alcores, ni presentaron nunca la continuidad de un frente moderno. Nada podía impedir pasar durante la noche entre Carula e Hispalis y ganar la sierra de Morón a pocos kilómetros y de ahí la de Líjar y ya toda la cadena montañosa hasta la bahía de Algeciras.

Aunque los Itinerarios conservados no dan una vía romana en esos lugares, ni una calzada era lo que Cneo necesitaba en su huida, fragmentos de una tal construcción han sido reconocidos sobre el terreno, alguno muy importante y extenso en las proximidades de Ronda. Pueden verse reproducidos en las figuras 61 y 62 del *Essai* de Thouvenot. El atlas de Kiepert (hoja XXVII, Hispania) traza como *incerta* una vía que desde Astigi por Urso-Osuna y Arunda-Ronda gana Carteia. No creo que fuera volviendo sobre Osuna por donde Cneo pudo emprender la fuga ni —repito— que usara calzada alguna para tal menester. Si bien el *Bellum hispaniense* cita algunos *pedites* entre los seguidores del jefe en su huida, dudo mucho de la exactitud de tal referencia y en el mejor de los casos Pompeyo debió dejarlos pronto bien atrás, pues las circunstancias no eran para acomodarse al paso de la infantería. Creo que Pompeyo debió emprender la huida más al Oeste, desde sus posiciones más cercanas a Sevilla que a Osuna y desde donde la sierra de Morón se ofrece como la más cercana del sistema montañoso. No debió internarse en busca de Arunda o Acinipo, sino más bien marchar tan derecho como era posible, evitando ciudades importantes como las citadas. Su camino a partir de Morón debió ajustarse más o menos al que sigue la actual vía comarcal 339 en su trayecto hasta la sierra de Líjar pasando por el pequeño pueblo de Coripe, cuyo nombre recuerda

otros antiguos de la región como el de Orippe, hoy Dos Hermanas. En vez de desviarse hacia Ronda, debió remontar luego el alto curso del Guadalete para ganar las pequeñas localidades altas de la sierra: Lacibula, junto a la actual Grazalema (*CIL*, II, 1342 y *suppl.*, 5409; Ptolem., II, 4, 9, Λακίβις), Ocurri (*CIL*, II, 1336 y 1337 *ocuritani* explorado desde 1792 [MS. T'Serclaes], actualmente en excavación), junto a Ubrique, donde se descubren vestigios de la vía que la unía con Grazalema a través de la serrana Manga de Villaluenga. Más al Sur está identificada la Saepone de Plinio, III, 14 (*CIL*, 1339, 1340 y 1341; Romero de Torres, *Catálogo*, 206) en lo más escondido de los montes jerezanos, de donde bajaría a Oba, hoy Jimena (monedas bilingües, Vives, *Mon. hisp.*, III, 44; *CIL*, II, 1330 y 1334 *obensis*) para alcanzar el curso del río Hozgarganta y al pie de la moderna Castellar de la Frontera, pasaría al del Guadarranque para desembocar con río al pie de Carteia. Si la batalla se dio realmente donde creemos haber identificado el campo mundense el descrito es el camino natural, el más recto, el más escondido, el que evita ciudades grandes indeseables al fugitivo. Suponiendo que todo a lo largo de ese camino existiera una calzada, repetimos que Cneo, aunque obligado a seguir vías naturales, más bien trataría de evitarla que de utilizarla. En cualquier caso, a partir de Oba las dos vías posibles, la que estamos considerando y la que baja de Arunda habían de unirse en el único camino posible, el bajo curso del río Hozgarganta.

En este punto importa hacer resaltar un episodio revelador que ha sido frecuentemente mal interpretado. El capítulo XXXII del *Bellum hispaniense* cita el octavo miliario de la vía que Pompeyo recorría, donde sintiéndose desfallecer, envía un mensajero a buscarle una litera en la que poder llegar a buen término. Algunos han contado las millas absurdamente a partir de Corduba. Aun para los defensores de la proximidad de Munda, a Corduba debería resultar inverosímil que a ocho millas de Córdoba el fugitivo pudiera hacerse recoger en una litera y salvar de este modo las 180 millas que le separaban de Carteia herido, derrotado y ocultándose. Se impone interpretar el pasaje al contrario: el octavo miliario ha de contarse a partir de Carteia, o sea mucho más abajo de Oba, donde Pompeyo sigue necesariamente la calzada, aunque ésta venga de Arunda y él no la haya alcanzado hasta Oba. El octavo miliario, unos quince kilómetros, cae a la altura de la actual Castellar, entre los alcornocales de La Almoraima, a la vista ya del próximo peñón de Gibraltar, donde traspuestas las sierras, el extenuado Cneo pudo considerarse ya relativamente seguro, pues habiendo conseguido burlar una persecución, se encomienda a la buena acogida de los partidarios que pudiera contar en Carteia donde tenía apostadas sus naves. Así lo cuenta expresamente el último párrafo del capítulo que comentamos.

La narración tiene un apéndice dedicado al desgraciado fin de Cneo. El capítulo XXXVI informa de que los carteienses, una vez conocido el desenlace de las hostilidades, juzgan prudente hacer valer ante el vencedor la baza que poseen en la persona del pompeyano y delatar su presencia en la ciudad. Se encienden polémicas entre uno y otro bando sobre el partido a tomar, en vista de lo cual Cneo se apodera de veinte *naves longas* y se hace a la mar. Para Dion Cassio (XLIII, 40), Cneo no dispone más que de una nave. Esta misma es la opinión de Appiano (*bell. civ.*, 2, 104) quien presenta a Pompeyo llegando a Carteia en la litera como un simple particular, a pesar de que le hace salir del campo de batalla acompañado de ciento cincuenta jinetes. Todos hacen constar que Pompeyo va herido, concretándose que en un pie, mayor impedimento para la marcha. Appiano, sin embargo, cuenta que la herida se la causó a bordo, de una mala maniobra y que por esta causa ordena volver a tierra lo que, según los demás, ocurre a causa de la falta de agua potable, dejada atrás en la precipitación de la partida. De un modo o de otro ello es que la nave hubo de recalcar de nuevo con desastrosas consecuencias.

Como en todo lo demás la fuente más pormenorizada y extensa es la del cronista militar cesarino, según el cual (cap. XXXVII) al cuarto día de navegación Cneo tiene que volver a tierra por agua. Al tocar tierra es alcanzado por Didio, que se había hecho a la mar desde Cádiz y apresa parte de las veinte naves pompeyanas e incendia otras. Cneo, ya en tierra, trata de fortificarse en lugar favorable. Se ha especulado sobre cuál pudo ser el punto de esta recalada. Por los cuatro días transcurridos desde el embarque en el estrecho, por el natural deseo de alejarse del enemigo y hasta por la naturaleza abrupta de la costa se ha pensado razonablemente que se trata de algún punto de la actual provincia de Almería, antes de doblar el cabo de Gata. Las heridas impiden a Cneo cabalgar por lo que se hace llevar en litera por sus lusitanos *more militari*. Es alcanzado por sus perseguidores, que deciden circunvalar la colina en que se ha refugiado. Cada vez en peor situación se oculta en una cueva donde lo delatan unos prisioneros; es alcanzado y muerto. Su cabeza es enviada a Híspalis, donde se exhibe el 12 de abril (*pridie idus*). Didio, su perseguidor, no corre mejor suerte. Atrincherado mientras repara sus naves (cap. XL) es alcanzado por los lusitanos de Pompeyo que le dan muerte después de varios días de refriega.

Los otros narradores apenas añaden cosa de importancia al texto reseñado. Appiano (*bell. civ.*, II, 104) señala el pie de un árbol como lugar preciso de la muerte de Cneo. Orosio (VI, 16, 9) equivoca a Cneo con su hermano Sexto y da a éste por muerto a manos de Cesonio que es según Floro (II, 13, 86) el matador de Cneo. En realidad

Floro es el único cuya narración se aparta de la de los demás. No cuenta el embarque y se limita a decir que el fugitivo es alcanzado y muerto por Cesonio, cerca de *Lauro*. Se ha buscado esta localidad en la provincia de Málaga a base del parecido del nombre con los de Alora y Alaurín, a pesar del innegable abolengo árabe de la forma actual de estos nombres, como de tantos otros en la sierra malagueña. Si no supiéramos que Cneo había llegado a Carteia podría pensarse que realmente hubiera encontrado su fin en alguno de esos lugares alcanzado por perseguidores, pero la narración de Floro no parece que deba prevalecer, salvo acaso el detalle del topónimo, contra la por lo demás unánime del embarque en Carteia, nuevo desembarco *inter solitudines* (Velleio, II, 55, 4) y muerte poco posterior.

CONCLUSIÓN

Con esto doy fin a mi tarea. Por desgracia bastante lejos de dejar todos los problemas resueltos. Sólo creo haber demostrado que no se puede entender toda la campaña hispaniense como una serie de episodios en un campo reducido alrededor de Córdoba. La necesidad de reconocer tres escenarios sucesivos, de una cierta extensión cada uno de ellos, resultantes de unos planes de operaciones razonables y determinados en una parte por los hechos y en otra por las mismas circunstancias del terreno y del país, podrían ser el resultado más positivo de mi investigación. De esos escenarios, sobre el primero entre Montemayor y Córdoba no existen problemas y respecto al tercero ya he repetido que el campo mundense me parecía bien establecido y desde el alcázar de Carmona, su fuerte posición al borde de los alcores y la limpia extensión de la llanura a su pie sugieren la representación de la lucha entre los dos ejércitos en la forma que debió desarrollarse la batalla de Munda, pero señaladas quedan con toda crudeza las dificultades que ciertas precisiones del relato oponen por lo que respecta a la desconocida ciudad de Munda. Me contentaría con haber enfocado acertadamente la cuestión del escenario intermedio, el del río Salado y sus plazas y campamentos adyacentes. Algunos de los elementos de juicio más importantes en la cuestión como los nombres de localidades seguras, Casariche, Osuna, Puebla de Cazalla, olivares sevillanos, o los reveladores hallazgos arqueológicos de Osuna y del Cerro de las Balsas son conocidos antes de que yo me haya ocupado de ellos, siendo más bien sorprendente que nadie les haya extraído las consecuencias que parecen razonables. Pero nadie puede ser juez de sus propios juicios y los míos no son más que eso. Es condición humana el ofuscarse fácilmente por mo-

tivos fútiles. Pertenece a los demás y al inagotable laboratorio de la Ciencia el valorar resultados y extraer consecuencias base acaso de nuevos esclarecimientos.

APENDICES

I

FUENTES LITERARIAS

En el presente trabajo nos hemos referido constantemente al texto de las fuentes literarias relativas a la guerra hispaniense. La publicación de ese material completo requeriría un espacio inadecuado a la ocasión. En su inmensa mayoría los textos pueden leerse fácilmente en el tomo V (1940) de las *Fontes Hispaniae Antiquae* de la Universidad de Barcelona. De todos los fragmentos de cada autor concernientes a cada una de las localidades estudiadas.

Αἴγυα Strabo III, 2, 2.

ASPAVIA. *De bello hispaniense* XXIV, 2 = Astapa?

ASTA. Vid. Hasta.

ASTAPA. Livius XXVIII, 22 y 23; Appianus bell. civ. VI, 33; Stephanus Byzantinus s.v.; = Ostipo *Itinerariu Antonini* 411, 3; Plinius III, 12; *Corpus Inscriptionum Latinarum* II, 1449; = Aspavia?

ATEGUA. *De b. h.* VI, 1 y 3 y VII, 1 y 3; VIII, 6; XIII, 3 y ss. *oppidum*; XVI, 1, 3 y 4; XVIII, 5-7; XIX, 5 y 6; XX, 3; Dio Cassius Ἀπτεγοῦα XLIII, 32, 2; Valerius Maximus IX, 2, 4; Frontinus III, 14, 1; Strab. III, 2, 2; Plin. III, 10.

BAETIS FLUMEN. *De b. h.* V, 1; XXXVI, 3.

BURSAVONE. Vid. Ursao.

CAMPUS MUNDENSIS. *De b. h.* XXVII, 6; = *planities* XXIX, 1 y ss.

CARRUCA. *De b. h.* XXVII, 5; = *oppidum* XXVII, 6; Plin. III, 12 Marruca; = Carula *Itin. Ant.* 411, 1; CIL II 5459 *carulensis*.

CARTEIA. *De b. h.* XXXII, 6 y 8 (*octavum millitarium, ibid.* 7); XXXVI, 1; XXXVII, 3; Dio Cas. XLIII, 31, 3; 40, 1; Appian. *bell. civ.* II, 105; Strab. III, 2, 2.

CARULA. Vid. Carruca.

CASTELLUM POMPEI. *Trans flumen Salsum De b. h.* XIV, 1.

CASTRA CAESARIS. Propius castra Pompeii Ucubim versus et castella circum ea loca *De b. h.* XX, 1; alia castra prope Ucubim XXIII, 1.

CASTRA POMPEI. Inter Ateguam et Ucubim *De b. h.* VIII, 6 = XI, 1 y 3; XIII, 1 y 2.

CASTRA POSTUMIANA. *De b. h.* VIII, 6 = *castellum* IX, 1 y 3.

CORDUBA. *De b. h.* II, 1; III, 1; IV, 1-4; VI, 2; X, 2; XI, 1; XII, 3; XXXII, 4 y 6; XXXIII, 1 y 3 = *oppidum* XXXIV, 1 y ss; Dio Cas. XLIII, 32, 3, 4 y 6; XXXIII, 2; XXXIX, 1; Appian. *bell. civ.* II, 104 y 105; Strab. III, 2, 2.

GADES. *De b. h.* XXXVII, 2; XXXIX, 3; XL, 7; XLII, 1; Dio Cas. XLIII, 39, 4.

HASTA. *De b. h.* XXXVI, 4; *hastenses* XXVI, 2.

HERCULES SPECULAE. Florus II, 13, 76.

HISPALIS. *De b. h.* XXXV, 1 y 4; XXXVI, 1; XXXIX, 3; XL, 7; XLII, 1; *olivatum contra Spanim* XXVII, 3.

LAURO. Florus II, 13, 86.

MONS. Prope Soricariam *De b. h.* XXIV, 6; *humilis convallis* XXV, 2.

- MUNDA. *De b. h.* XXVIII, 3 *munitione oppidi*; XXIX, 6 *idem*; XXXII, 1; XXXIII, 1 *unitione circumdata*; XXXVI, 4 *mundenses*; XLI, 1 y 6; XLII, 1; Livius *periochae* 115; Dio Cas. XLIII, 35, 4; XXXIX, 4; Florus II, 13, 77 y 85; Orosius VI 16, 9; Val. Max. VII, 6, 5; Frontin. II, 8, 13; Eutropius VI, 24; Plin. III, 12 y XXXVI, 134; *De viris illustribus* 36,84 y 78, 8; Plutarch. *Caesar* 56; Strab. III, 2, 2 y 4, 9; Saeneca *rhetor suas.* I, 5 y VI, 3; *de benef.* V, 24; Suetonius *Caesar* 36 *in Hispania ultimo praelio*; *ibid.* 55; *Augustus* 94, 11; *Caesar* 57 *tempus Mundensis proelii*.
- MUNDA FLUMEN. Oros. VI, 16, 7 = rivus prope Mundam *De b. h.* XXIX, 2, vide Campus mundensis.
- OBULCO. Strab. III, 4, 9.
- In OSTIO OCEANI. Florus II, 13, 75.
- OSTIPO. Vide Astapa.
- SALSUM FLUMEN. *De b. h.* VII, 1 y 3; IX, 1; XIII, 1; XIV, 1; XVI, 2; XXIII, 1; *flumen* XXIII, 3.
- INTER SOLITUDINES AVIAS. Velleius II, 55, 4 = Appian. *bell. civ.* II, 105; ... δια δυσβάτου και άκανθώδους όδοϋ; Strab. III, 2, 2, ... ένθεν και έκβάδες τινα υπερκειμένην.
- SORICARIA. *De b. h.* XXIV, 1; XXVII, 2.
- SPALIS. Vide Hispalis.
- UCUBI. *De b. h.* VII, 1; VIII, 6; XX, 1; XXIV, 2; XXVII, 4; *ucubitani CIL* II 656 y 1404 (Sallust. *Hist.* I, 123).
- ULIA. *De b. h.* III, 1; IV, 1-4; Plin. III, 10; Strab. III, 2, 2 cod. 'Ουλλα; Ptolem. II, 4, 9; *Itin. Ant.* 412, 5; *Itin. Rav.* 315, 17; *CIL* II 1532 y 1533.
- URSAO. *De b. h.* XXVII, 3; XXVIII, 2; XLI, 2; XLIII, 1; Plin. III, 12 Urso; Strab. III, 2, 2 Ούρσων; *bursavonenses De b. h.* XXII, 1; *oppidum* 2 y 6; Bursavone 3.
- VENTIPPO. *De b. h.* XXVII, 5; Plin. III, 12; *Itin. Ant.* 408, 1; *CIL* II 1467 y 1468.

DISCRIMINATIO FONTIVM

Secundum Schulten (*Fontes Hispaniae Antiquae*, V, 124, 141, 155-156), cum additionibus

- | | |
|--|--|
| <p>I. <i>De bello hispaniense</i></p> <p>[T. Livii <i>ab urbe condita fragmenta</i>] perierunt, <i>periochae</i>, 113, 115 exstant</p> | <p>a) Orosius, Velleius, Valerius Maximus, Frontinus, Eutropius, Obsequens.
<i>De viris illustribus</i></p> <p>b) Dio Cassius, Florus</p> |
| <p>II. [Asinius Polio] ut fertur (Klotz)</p> <p>[Timagenes] ur fertur Cf. Suetonius <i>Caesar</i>, 55</p> | <p>Plutarchus <i>Caesar</i>, Zonaras, Polienus, Suetonius <i>Caesar</i>, 36 et 55; <i>Augustus</i>, 94; Appianus <i>bell. civ.</i>, Saeneca <i>rethor De beneficiis</i>, V, 24 (Klotz); <i>suas.</i>, I, 5; VI, 3; Strabo, III, 2</p> |
| <p>III. Notitiae minores</p> | <p>Plinius, <i>Nat. Hist.</i>, III, 10.12; XXXVI, 134
Cicero, <i>ad fam.</i>, 15.19
Sallustius, <i>Historia</i>, I, 123
<i>Itinerarium Antonini</i>, 408,1, 411, 1.3, 412,5
<i>Itin. rav.</i>, 315, 17
<i>CIL</i>, II, 1404, 1449, 1467, 1468, 1532, 1533, I², I; pág 171 (<i>Acta triumphalia</i>, annum 45)</p> |

II

BIBLIOGRAFIA

En general, todos los historiadores de la España antigua han tratado el tema de la batalla de Munda. A continuación se reseñan las obras científicas modernas fundamentales.

- Kromayer, Veith, *Schlachtenatlas. Römische Abteilung*, Hoja 23, Leipzig, 1924, con comentario de A. Schulten.
- Schulten, A., «Die Schlacht bei Munda» en *Deutsche Zeitschrift für Spanien*, 27 oct. y 10 nov. 1923. Traducción española en *Boletín de la Academia de Ciencias, Letras y Artes de Córdoba*, 1924. Publicado nuevamente en *Rheinisch. Museum*, 1935.
- Fontes Hispaniae Antiquae*. V. Las guerras del 72-19 a.C., Edición y comentario de A. Schulten. Barcelona, 1940.
- Klotz, en *N. Jahrbuch für der Klass. Altertum*, 1909.
- *Commentarium zum Bellum Hispaniense*. Editio maior Teubneriana. Leipzig, 1927.
- García y Bellido, A., «España Romana», en *Historia de España* de R. Menéndez Pidal, II, 252 y siguientes con mapa y bibliografía.

Localizaciones más frecuentemente propuestas por los historiadores para Munda y su batalla (según Adolfo de Castro, *Historia de Cádiz y su provincia*, Cádiz, 1858).

- PROXIMIDADES DE CÓRDOBA. El Brocense, Fernán Núñez (comentario a Juan de Mena), Martín Laso de Oropesa (Amberes, 1585), concretamente MONTILLA: Cortés y López, *Diccionario Geográfico*. Modernamente, Schulten.
- RONDA. Fray Diego López de Toledo (traductor de César; Toledo, 1498); Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana*; Horozco, *Historia de Cádiz*; Pérez de Mesa, *Grandezas de España*; Jacinto de Espinel, *El premio de la constancia*; Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*; Ortelius, *Thesaurus geographicus*; concretamente en RONDA LA VIEJA (antigua Acinipo); Vicente Espinel, *El escudero Marcos de Obregón*; Haller, *Historia romana* (Madrid, 1736).
- MONDA. Fundamentalmente Ambrosio de Morales, *Crónica general de España*, y de él P. Mariana, *Historia general de España*; Caro, *Compendio histórico*; Roa, *Málaga ilustrada*; Ferreres, *Sinopsis histórica*; Flórez, *España Sagrada*; Guseme, *Diccionario numismático*; Cluverio, *Introductio in universam Geographiam* (Brunswig, 1641); Nieuport, *Historia reipublicae et imperii romanorum* (Venecia, 1797); Cantú, *Historia Universal*; Lafuente, *Historia de Granada*. «Rio Monda» Crónica del Obispo D. Rodrigo Ximenez de Rada y *Crónica General*.
- JEREZ DE LA FRONTERA. Lucio Marineo Sículo: *De rebus Hispaniae memorabilibus opus*; G. Ocahsa, *Enmiendas al diccionario de Nebrija*; Rafael de Volterra, *Commentarium urbanorum* (Basilea, 1544); Ortiz de Zúñiga, *Anales de Sevilla*. Impugnación de la tesis: Martín de Roa, *Santos de Jerez*; concretamente Sierra de GIBALBÍN y arroyo ROMARINA: A. de Castro, *Historia de Cádiz*.